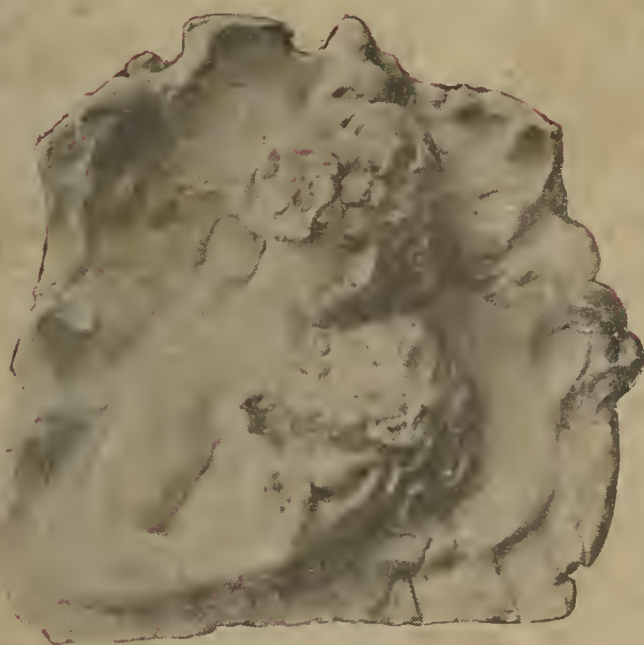


OSCAR WILDE



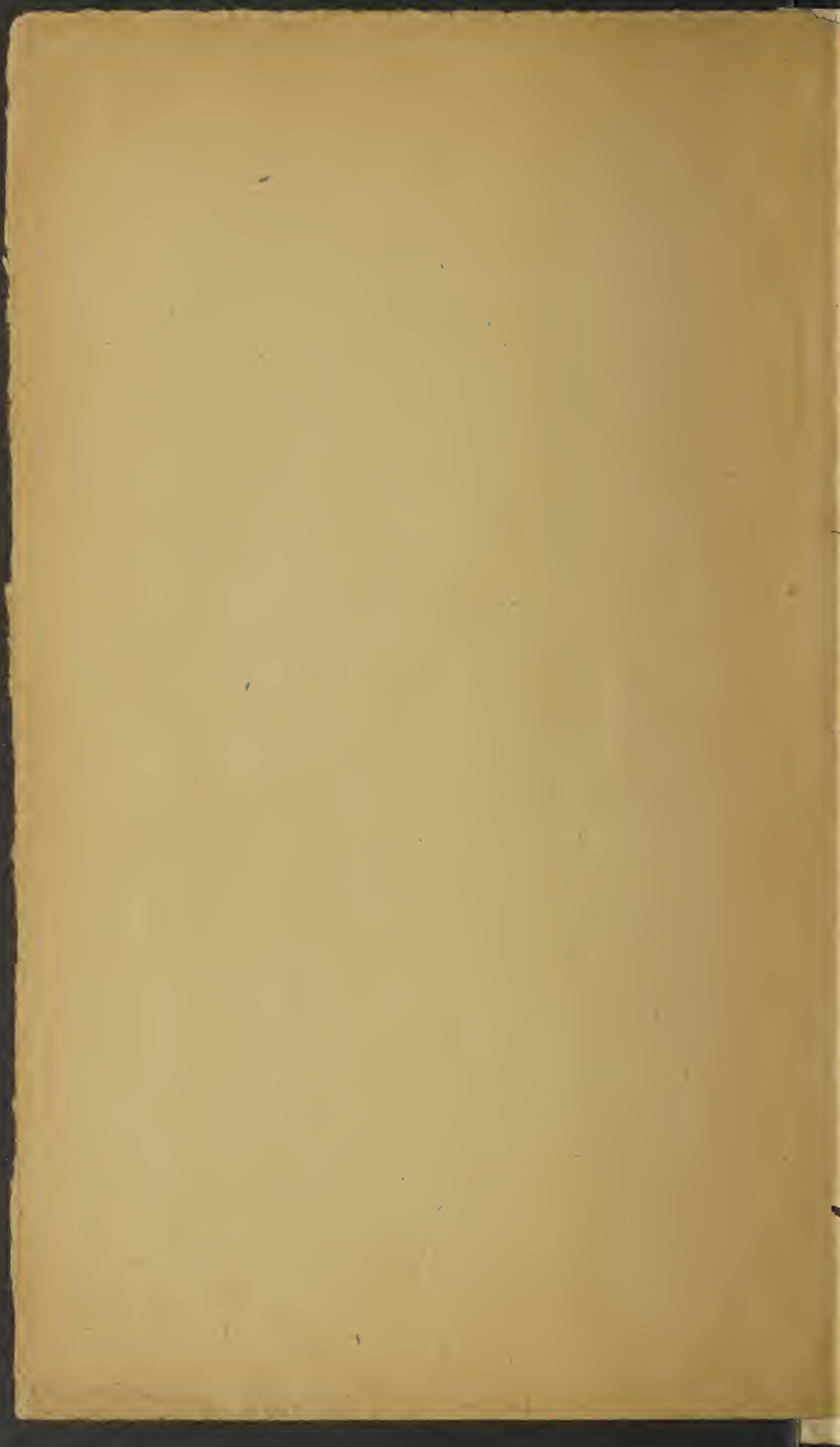
Salomé.

ILUST. DE L. VALERA



MADRID
B RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR
Flor baja, núm. 9





SALOMÉ

Es propiedad de los traductores, y no podrá representarse sin permiso de éstos ó de la Sociedad de Autores.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

[389:2]

OSCAR WILDE

SALOMÉ

DRAMA EN UN ACTO

Traducción del inglés

POR

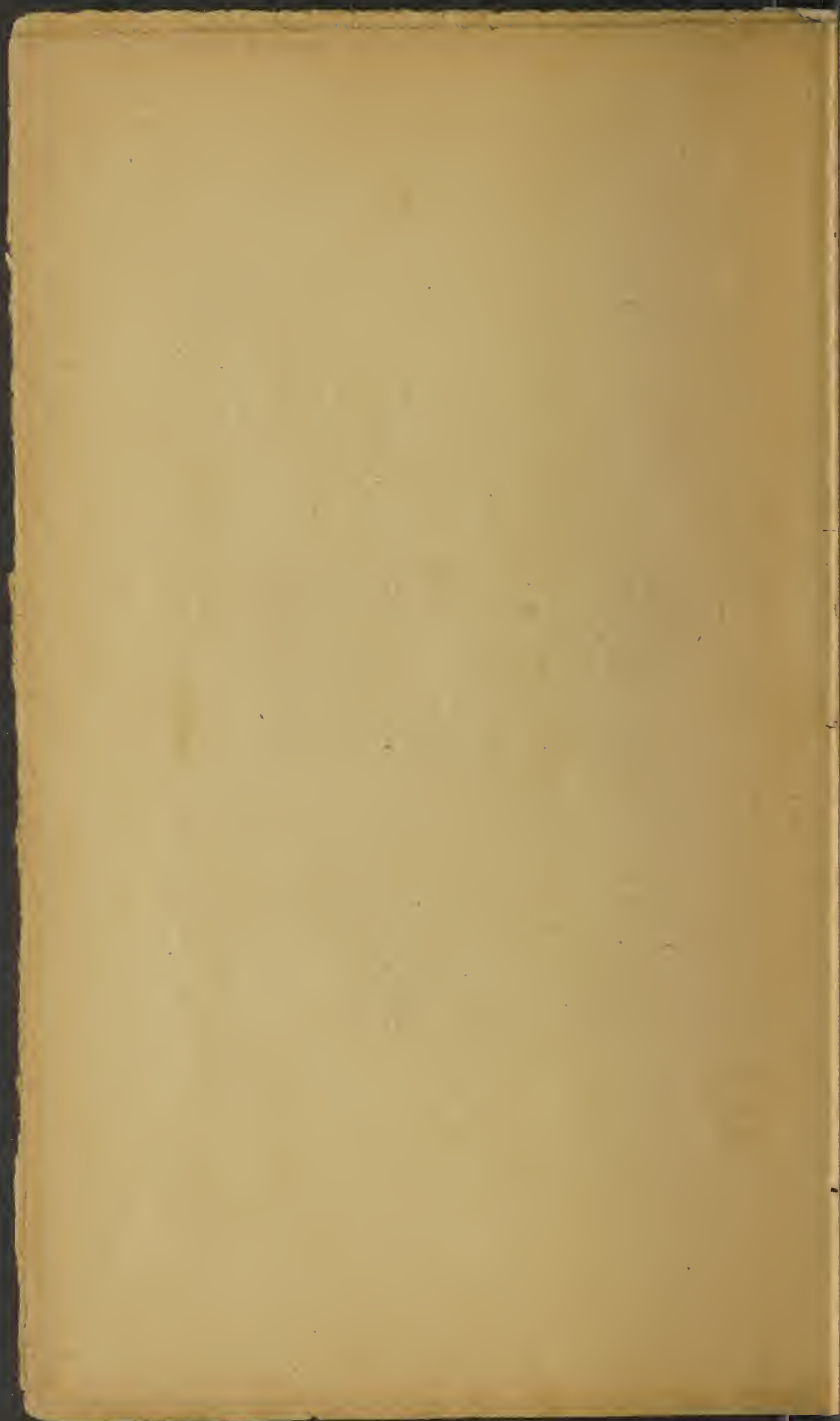
J. PÉREZ JORBA Y B. RODRÍGUEZ



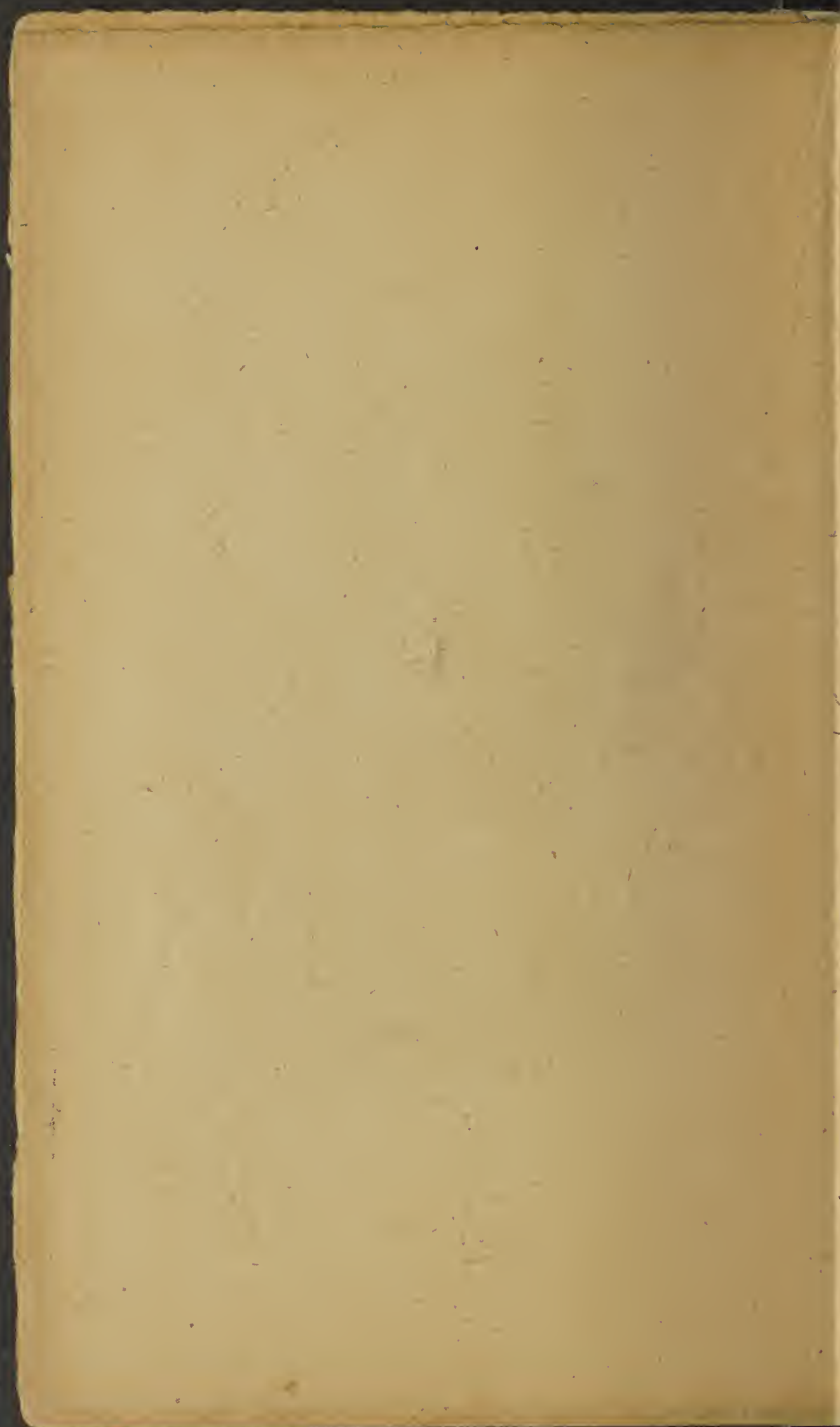
MADRID

B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR

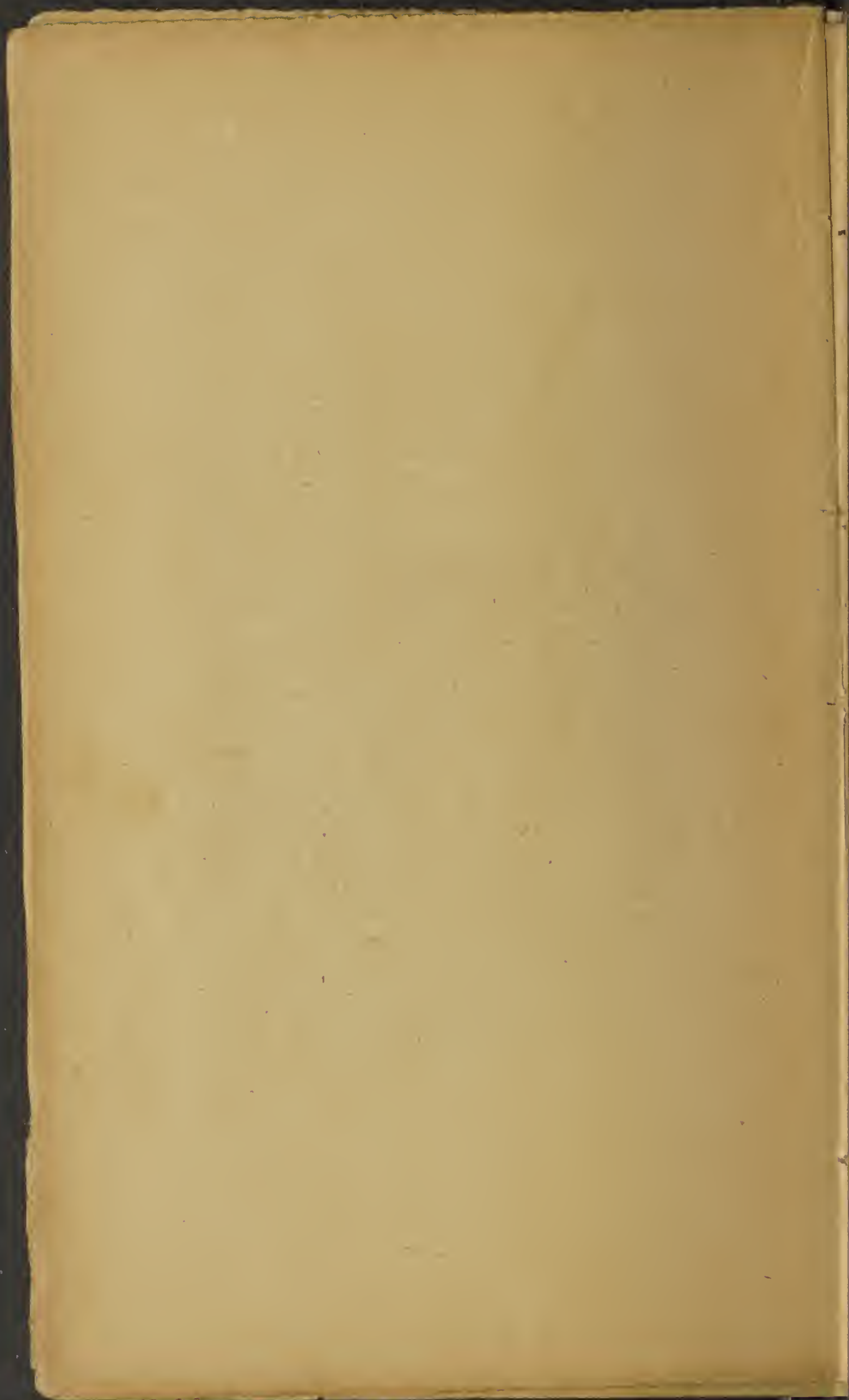
Flor baja, núm. 9



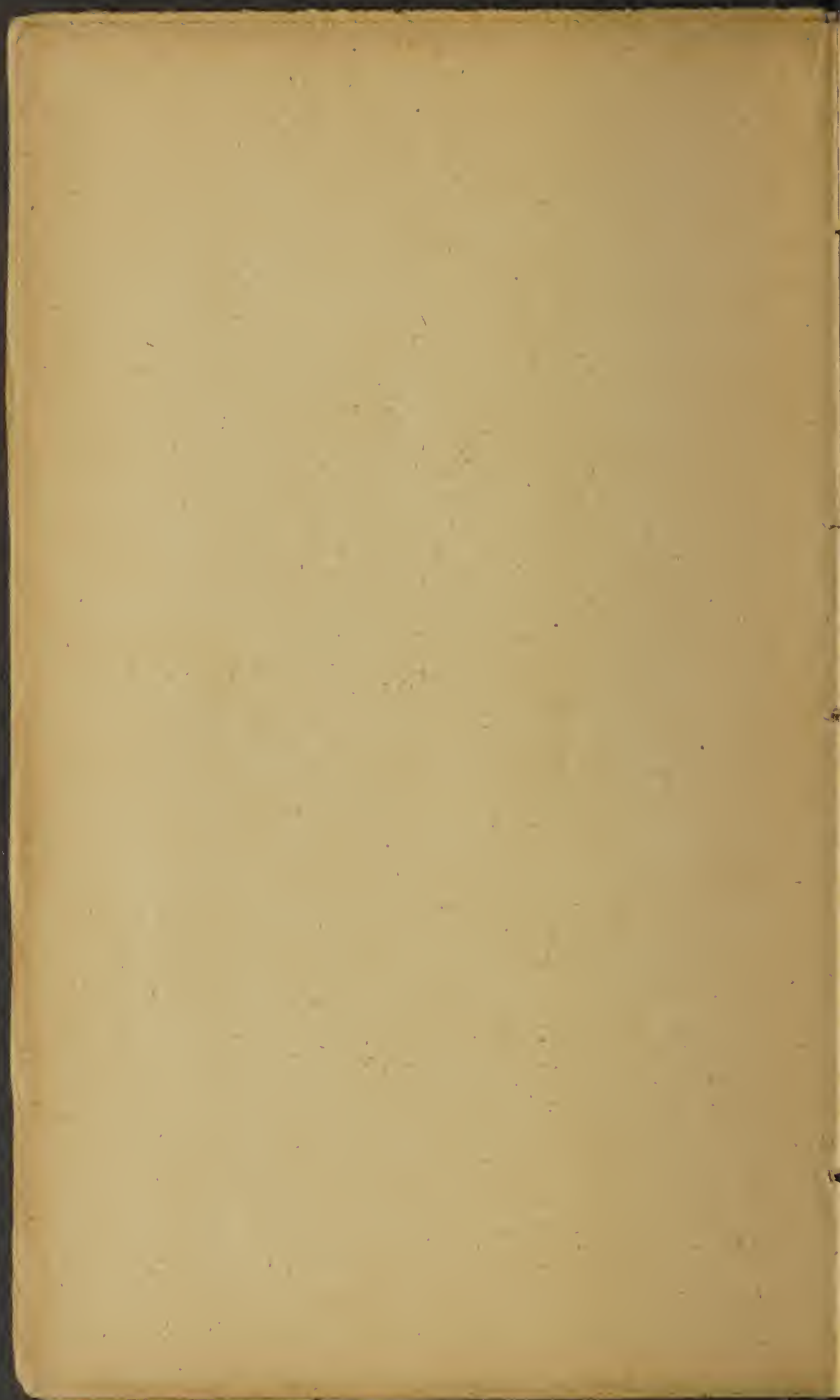












EL ORIGEN

DE LA

“SALOMÉ,, DE WILDE

Nada me es tan grato como poder evocar la imagen del poeta en uno de los instantes más dichosos de su vida.

Le veo tal como me apareció aquella tarde de nuestro primer encuentro. Le veo sonreír con su sonrisa bonachona, enseñando inmensos dientes negros, incrustados de oro. Le oigo hablar. Su voz velada, su voz blanca, sin matices, unícorde y armoniosamente monótona, salmodía, en la sombra, estrofas de poemas. ¡Y son poemas en honor de Salomé! Son, en prosa suntuosa, poemas de Flaubert, períodos que se desenvuelven como brocados cubiertos de

pedrerías; son poemas de divinos versos imperfectos de Mallarmé, de versos pesados y lucientes como collares; son poemas ligeros y perversos de Lorrain.

*
*
*

En aquella época el maestro inglés estaba ya obsesionado por la imagen de la bailadora sanguinaria.

—¿Usted viene de Madrid?—me dijo—. Yo querría ir á España sólo por ver, en el Museo del Prado, la *Salomé* del Ticiano, cuadro ante el cual Tintoretto exclamó: «Este hombre pinta con carne molida...» Usted lo habrá visto... La sobrina de Herodes se yergue, después del triunfo, llevando en una fuente de plata la cabeza del Precursor. ¡Y la *Salomé* de Stanzioni!... ¡Y la de Alejandro Véronese!... El Prado está lleno de Salomés!...

Luego no dejó un solo día de hablarme de Salomé. Las mujeres que

pasaban por el *bulevar*, le parecían princesas israelitas. En la *rue de la Paix*, ante las vidrieras de los joyeros, deteníase largas horas para componer aderezos ideales y adornar con ellos el cuerpo de su ídolo. Las telas que en la Avenida de la Opera ostentan sus esplendores en los escaparates, antojábansele tejidas para cubrir el pecho de la sobrina de Herodes.

Una tarde, de pronto, en medio de la calle, después de un largo silencio, me preguntó:

—¿No le parece á usted que estaría mejor desnuda?

—En el acto adiviné que se trataba de *ella*, de Salomé.

—Sí—continuó—, enteramente desnuda; pero con muchas joyas, con pesados y sonoros sartales de gemas omnícromas en los tobillos, en los brazos, en el cuello, en la cintura, haciendo con

sus reflejos penetrantes, más obscena aún la obscenidad infinita de la carne de ámbar... Porque yo no concibo á Salomé inconsciente, sirviendo de mudo instrumento. ¡No! Sus labios, en el cuadro de Leonardo de Vinci, hacen ver la crueldad terrible de su alma. Es necesario que su lujuria sea infinita y su perversidad sin límites. ¡Que las perlas se muevan sobre su pecho! ¡Que el perfume de su virginidad haga palidecer á las esmeraldas y exalte el fuego de los rubíes! ¡Que el zafiro mismo pierda, sobre su piel de fiebre, la pureza de su azul!...

Los labios del poeta crispábanse, sonriendo á la visión de Salomé desnuda. En su entusiasmo de artista sensual, creía ver á Sarah Bernhardt adolescente, bailando, desnuda, ante el mundo.

*
* *

Otras veces su Salomé casi era casta. Me acuerdo de que una tarde, al volver del *Louvre*, nos habló de una princesa lamentable que bailaba ante Herodes por inspiración divina, para obtener la muerte del impostor, del enemigo de Jehová.

—Su cuerpo, alto y pálido, ondula como un lirio. No hay nada de sensual en su belleza. Las más ricas telas cubren su cuerpo esbelto. Su cabellera rubia baña de oro su nuca ebúrnea. En sus pupilas se ven brillar las llamas de la fe.

Esta imagen le había sido sugerida por el cuadro de Bernardo Luini, sin duda.

Pero las visiones hieráticas cedían pronto el puesto á las imágenes sensuales, á las crueles encarnaciones de la fatalidad venérea, á los mitos alucinantes de la omnipotencia femenina.

Una noche, en casa de Jean Lorrain, ante una estatua decapitada, Wilde, muy pálido, exclamó:

—Es la cabeza de Salomé.

Y en seguida tuvo la visión de una princesa que lleva á su amante la cabeza de San Juan, y que, viéndose despreciada, le envía luego su propia cabeza.

—Sí—decía—, esta es Salomé, la Salomé que se hace cortar el cuello por desesperación... Un evangelio de Nubia, descubierto por Boissiere, nos habla de un joven filósofo á quien una bailadora semita le envía, como homenaje, la cabeza de un apóstol. El joven la contesta sonriendo: —«Lo que deseo, amada, es tu propia cabeza.» Entonces, lívida, la bailadora se aleja. Y por la tarde del mismo día un esclavo presenta al filósofo la cabeza de su querida en un plato de oro. Y el filóso-

fo dice: —« ¡Que se lleven esa cosa sangrienta.» Y luego continúa leyendo á Platón... ¿No os parece que esta princesa es Salomé?... Sí... Y este mármol es su imagen...

—Escriba usted ese poema singular —dijole Lorrain.

Wilde comenzó un cuento en prosa titulado *La decapitación de Salomé*. Luego rompió las páginas escritas y pensó en una obra en verso. Al fin se decidió por la forma dramática. La idea de ver á Sara Bernhardt, rejuvenecida, bailando desnuda ante el Tetrarca, volvió á obsesionarle. Y abandonando su lengua natal, principió en francés su *Salomé*.

¿Su *Salomé*? Digo mal, porque fueron diez, fueron ciento, las Salomé que imaginó, que principió, que abandonó. Cada cuadro visto en un Museo, sugería una idea. Cada nuevo libro sobre

el asunto, hacíale dudar. Hoy su princesa era rubia, y decía cual la Herodes de Mallarmé:

*J'aime l'horreur d'être vierge et je veux
Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux
Pour, le soir, étiré en ma couche, reptile
Inviolé, sentir en ma chair inutile
Le froid scintillement de ta pâle clarté,
Toi qui te meurs toi qui brules de chasteté,
Nuit blanche de glaçons et de neiges cruelles*

Al día siguiente recurría a la fuente original de los Evangelios, y leía:

«El día del festín de la natividad de Herodes, la hija de Herodías bailó en medio y gustó al rey;

»Y éste le ofreció, bajo juramento, que la daría todo lo que le pidiera;

»Y ella, aconsejada por su madre, le dijo:

»—Dame, en una fuente de plata, la cabeza de Juan Bautista;

» Y el rey se afligió. Pero á causa del juramento y de los que estaban sentados con él, ordenó que le fuese dada;

» Y mandó decapitar á Juan en su prisión;

» Y la cabeza de éste fué traída en un plato y entregada á la hija de Herodías. Y ella la presentó á su madre...»

Pero esto le parecía pálido, seco, falto de suntuosidad, de locura, de pecado. De locura sobre todo. La hija que obedece, y que al recibir el sangriento regalo se apresura á llevarlo á su madre, necesita que los siglos amontonen á sus pies ensueños y visiones para llegar á convertirse en la « flor cárdena del jardín perverso, en el símbolo supremo de la Lujuria, en la imagen de la Belleza maldita, elegida entre todas por la catalepsia en la Bestia monstruosa, irresponsable, que envenena to-

do lo que se le acerca, todo lo que la ve, todo lo que la toca».

*
* *

—Tengo la misma enfermedad que Des Esseintes—solía decir Wilde.

Y era cierto.

Lo mismo que el héroe de *A Re-bours*, el gran poeta inglés buscaba, sin hallarla, la verdadera Salomé que se pierde «misteriosa y pasmada entre la niebla lejana de los siglos». La Salomé de Rubens parecía «una maritornes apoplética». La de Leonardo se le antojaba demasiado incorpórea, demasiado fría. Y las otras—(la de Alberto Durero, la de Piazza, la de Ghirlandajo, la de Van Thulden, la de Le Clerc) tampoco le satisfacían por completo. En cuanto á la célebre *Salomé* de Regnault, considerábala, lo mismo que Paul de Saint Víctor, como «una

gitana que tuviese un cutis de inglesa». Sólo el cuadro de Gustave Moreau encarnaba, á su entender, el alma de la princesa legendaria, de la divina Herodiades. ¡Cuántas veces nos repitió, á todos sus amigos, las frases célebres de Huysmans! «Casi está desnuda. En el ardor de la danza, los velos se han deshecho, los brocados han caído, y sólo las joyas cubren su carne. Un ligero coselete le estrecha la cintura; y un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos. Más abajo, un collar de granates le estrecha las caderas. Sobre su sexo brillan dos esmeraldas.» Esta descripción parecíale perfecta. La obra del pintor era, para él, una de las maravillas del mundo, y le impresionó de tal modo, que, más tarde—cinco años más tarde—, cuando después de ser el niño mimado de la gloria londinense, pagaba en una cár-

cel de Wörmswod Scrubs su «crimen de inmoralidad», en las horas de insomnio y de fiebre repetía inconscientemente: «... un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos...»

E. Gómez Carrillo.



Oscar Wilde.

PERSONAJES

Herodías, mujer del Tetrarca.
Salomé, hija de Herodías.
Herodes Antipas, Tetrarca de Judea.
Yó kanaán, profeta (San Juan).
El joven Sirio, capitán de la guardia.
Tigelino, joven romano.
Naanan, verdugo.
Un capadocio.
Un nubio.
Soldado primero.
Soldado segundo.
El paje de Herodías.
Judíos, nazarenos, un esclavo, las esclavas de Salomé.

ESCENA

Palacio de Herodes. Una extensa terraza conduce á la sala de los festines. A la derecha se divisa una escalera monumental, y á la izquierda, hacia el fondo, aparece una antigua cisterna, que rodea una pared de bronce pintada de verde. Desde la escena se verá brillar la luna y las estrellas en el cielo.

SALOMÉ

ESCENA PRIMERA

EL JOVEN SIRIO.—EL PAJE DE HERODÍAS.—
SOLDADOS 1.^o Y 2.^o.—EL CAPADOCIO.—EL
NUBIO.

EL JOVEN SIRIO

(Mirando por entre el tapiz á la sala de los festines.) ¡Cuán hermosa está hoy la princesa Salomé!

EL PAJE DE HERODÍAS

Mirad la luna, ¡qué aspecto tiene más extraño! Diríase una mujer salida de la tumba en busca de otros muertos.

EL JOVEN SIRIO

¡En verdad que es extraño su aspecto! Parece una princesita con velo amarillo y andando con pies de plata... una cándida paloma... Diríase que baila.

EL PAJE

Es como una mujer muerta. Anda despacio.

(Se oye ruido en la sala de los festines.)

SOLDADO 1.º

¡Qué alboroto! ¿Son fieras esos que chillan?

SOLDADO 2.º

Son judíos. ¡Siempre lo mismo! Discuten sobre cosas de religión.

SOLDADO 1.º

Y ¿á qué discutir semejantes materias?

SOLDADO 2.º

¡Es habitual en ellos hacerlo! Los fariseos afirman la existencia de los ángeles, al paso que los saduceos la niegan.

SOLDADO 1.º

Ridícula é inútil me parece la disputa.

EL JOVEN SIRIO.

¡Cuán hermosa está hoy la princesa!

EL PAJE

No hacéis más que contemplarla. No la miréis con tal insistencia, pues puede acarrearos algún mal.

EL JOVEN SIRIO

¡Hoy me parece sumamente hermosa!

SOLDADO 1.º

El aire del Tetrarca es sombrío.

SOLDADO 2.º

Sí, realmente, sombrío.

SOLDADO 1.º

Parece que algo llama su atención.

SOLDADO 2.º

Mira á alguien.

SOLDADO 1.^o

¿Qué será?

SOLDADO 2.^o

No sé.

EL JOVEN SIRIO

¡Qué pálida está la princesa! ¡Nunca la he visto así! Parece el cándido reflejo de nivea rosa sobre un fondo de plata.

EL PAJE

No es conveniente que la miréis con tal insistencia.

SOLDADO 1.^o

Herodías ha llenado la copa del Tetrarca y se la ofrece para que beba.

EL CAPADOCIO

(Al soldado primero.) ¿Es la reina Herodías aquella de los cabellos azules y de la mitra negra con perlas engarzadas?

SOLDADO 1.º

Sí, ella es; la esposa del Tetrarca.

SOLDADO 2.º

El Tetrarca gusta mucho del vino. Tres clases tiene de él. Uno, de la isla de Samos, purpurino como el manto del César...

EL CAPADOCIO

Nunca vi al César.

SOLDADO 2.º

Tiene otro que le traen de Chipre, amarillo como el oro.

EL CAPADOCIO

Apetezco mucho el oro.

SOLDADO 2.º

El tercero es vino de Sicilia, rojo como la sangre.

EL NUBIO

Los dioses de mi patria aman la sangre. Dos veces cada año les ofrecemos en holocausto cincuenta mancebos y cien vírgenes, y aun creo que no es bastante, pues siguen mostrándose con nosotros hartos severos y despiadados.

EL CAPADOCIO

En mi país ya no existen los dioses. Los romanos los han expulsado. Hay quien afirma que huyeron á las montañas; pero no lo creo. Las recorrí durante días y noches, y no respondieron nunca á mis voces. Antes creo que hayan muerto ó desaparecido de la faz de la tierra.

SOLDADO I.^o

Los judíos adoran á un Dios invisible.

EL CAPADOCIO

No alcanzo á comprender eso.

SOLDADO 1.º

Es lo mismo que los que dicen creer en cosas invisibles para el hombre.

EL CAPADOCIO

Me parece extraordinariamente ridículo.

LA VOZ DE YO'KANAÁN

Después de mí vendrá otro mucho más poderoso, al cual ni siquiera soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Cuando él venga, se alegrará la tierra y florecerán los lirios. Los ciegos recobrarán la luz perdida de sus ojos, y á los sordos se les abrirán los oídos. El recién nacido pondrá la mano sobre el lomo de los dragones y domará al león, sujetándole por la melena.

SOLDADO 2.º

(*Al primero.*) Hacedle callar; no dice más que disparates.

SOLDADO 1.º

No es cierto. Antes creo de él que es un hombre santo y bueno. Todos los días

le sirvo la comida, y siempre le hallo agradecido y bondadoso.

EL CAPADOCIO

Pero ¿quién es ese hombre?

SOLDADO I.º

Es un profeta.

EL CAPADOCIO

Y ¿cómo se llama?

SOLDADO I.º

Yo' Kanaán.

EL CAPADOCIO

¿De dónde viene?

SOLDADO I.º

Del desierto, en donde se alimentaba con langostas y miel silvestre. Su vestido era una piel de camello, sujeta por una ancha correa de cuero. Su aspecto era imponente; seguía un gran gentío, y algunos se llamaban sus discípulos.



EL CAPADOCIO

¿Y qué es lo que dice?

SOLDADO I.º

No lo sabemos. A veces habla cosas espantosas que nadie puede comprender.

EL CAPADOCIO

¿Puede vérselo?

SOLDADO I.º

No. El Tetrarca lo tiene prohibido.

EL JOVEN SIRIO

La princesa esconde el rostro detrás de su abanico. Sus manecitas blancas se agitan como palomas que tornan al palomar. Semejan mariposas blancas, y tal vez lo sean.

EL PAJE

Pero ¿qué os va en ello? ¿Por qué la miráis tanto? Tened cuidado, puede ocurrir una desgracia.

EL CAPADOCIO

(Señalando á la cisterna.) ¡Qué prisión más extraña!

SOLDADO 2.º

Es una antigua cisterna.

EL CAPADOCIO

¡Una cisterna! Será un lugar muy malo.

SOLDADO 1.º

No lo creáis. El hermano mayor del Tetrarca, primer marido de Herodías, estuvo prisionero allí por espacio de doce años, y, al fin, viendo que no se moría, fué preciso extrangularle.

EL CAPADOCIO

¿Extrangularle?... ¿Y quién fué osado á ello?

SOLDADO 1.º

Aquel que veis allí: Naanan, el verdugo.

EL CAPADOCIO

¿No tuvo miedo de hacerlo?

SOLDADO I.º

No por cierto. El Tetrarca le envió el anillo.

EL CAPADOCIO

¿Qué anillo?

SOLDADO I.º

El anillo de la muerte; por eso no se intimidó.

EL CAPADOCIO

Sin embargo; extrangular á un rey, es cosa inicua.

SOLDADO I.º

¿Por qué razón? Los reyes sólo tienen un cuello como los demás mortales.

EL CAPADOCIO

No obstante, me parece cosa terrible.

EL JOVEN SIRIO

La princesa se levanta de la mesa, mostrando en su semblante el fastidio que la abrumba. ¡Ah, viene hacia aquí! ¡Sí, se acerca á nosotros! ¡Qué pálida está! ¡Nunca la he visto tan pálida como hoy!

EL PAJE

No la miréis, os lo ruego.

EL JOVEN SIRIO

Parece una paloma perdida... Diríase un narciso suavemente azotado por el viento, ó graciosa flor de plata...

(Entra Salomé.)

ESCENA II

SALOMÉ.—DICHOS

SALOMÉ

No quiero estar más allí, no. ¿Por qué el Tetrarca me mira sin cesar con ojos

de topo, bajo los párpados que tiemblan? Extraño me parece que el marido de mi madre me mire así. Ignoro lo que puede significar... Sí; sé lo que significa.

EL JOVEN SIRIO

¿Os habéis retirado del festín, princesa?

SALOMÉ

¡Qué aire tan fresco corre en este sitio! Siquier aquí se puede respirar. Allá adentro hay judíos de Jerusalén, que parecen descoyuntarse con sus grotescas ceremonias; bárbaros que beben sin tasa, dejando que el vino se derrame por el pavimento; griegos de Smirna, de ojos pintados, mejillas llenas de afeites y cabellos ensortijados; egipcios taciturnos, siempre sutiles, con sus uñas de jade y sus oscuros mantos; romanos insoportables por su brutalidad y grosero lenguaje. ¡Ah, cuánto detesto á los romanos! Con esos humos de grandes señorones, son gente vulgarísima y ruin.



EL JOVEN SIRIO

¿Queréis sentaros, princesa?

EL PAJE

¿Por qué la habláis? ¿Por qué la seguís mirando? Puede acarrearos algún gran mal.

SALOMÉ

¡Qué gozo se siente al contemplar la luna! Parece una pequeña moneda ó una linda flor de plata. Es fría y casta como una virgen. Su belleza es la de una virgen. ¡Oh, sí; ella es virgen, porque nunca se ha mancillado entregándose á los hombres como las demás diosas.

LA VOZ DE YO'KANAÁN

El Señor ha venido. El Hijo del Hombre está entre nosotros. Los centauros se precipitan en el fondo de los ríos y las sirenas huyen de sus moradas seculares para refugiarse en lo intrincado de las selvas.

SALOMÉ

¿Quién es el que grita de ese modo?

SOLDADO 2.º

Es el profeta, princesa.

SALOMÉ

¡Ah, el profeta! ¿Por ventura es ese á quien el Tetrarca teme tanto?

SOLDADO 2.º

No sé decíroslo, princesa. Sólo sé que se llama Yo'Kanaán.

EL JOVEN SIRIO

¿Queréis que mande por la litera, princesa? En el jardín podéis gozar mejor de esta hermosa noche.

SALOMÉ

Dice cosas terribles de mi madre, ¿verdad?

SOLDADO I.º

Nosotros no lo comprendemos, princesa.

SALOMÉ

Sí; cuenta de ella cosas muy terribles.
(Entra un esclavo.)

ESCLAVO

Princesa; el Tetrarca os suplica que volváis al festín.

SALOMÉ

No quiero volver.

EL JOVEN SIRIO

Dispensadme, princesa; mas debo advertiros que si no volvéis allá puede acaecer alguna desgracia.

SALOMÉ

¿Es muy viejo el profeta?

EL JOVEN SIRIO

Princesa, conviene que tornéis al festín. Os acompañaré, si lo permitís.

SALOMÉ

El profeta, ¿es anciano?

SOLDADO I.º

No, princesa; es muy joven.

SALOMÉ

¿Y qué clase de hombre es?

SOLDADO I.º

No se sabe. Algunos dicen que es Elías.

SALOMÉ

¿Quién es ese Elías?

SOLDADO I.º

Un antiguo profeta del país, princesa.

ESCLAVO

¿Qué debo contestar al Tetrarca, princesa?

LA VOZ DE YO'KANAÁN

No te alboroces, tierra de Palestina, aunque se haya roto el látigo con que te azotaban, pues saldrá un basilisco que devore los pájaros.

SALOMÉ

¡Qué voz tan extraña! Quiero hablar con ese profeta.

SOLDADO I.º

Imposible, princesa. El Tetrarca ha prohibido que nadie le hable, ni aun el Gran Sacerdote.

SALOMÉ

Pues yo he de hablarle.

SOLDADO I.º

Os repito que no puede ser, princesa.

SALOMÉ

Lo quiero.

EL JOVEN SIRIO

Os digo, princesa, que os importa volver al festín.

SALOMÉ

(*A los soldados.*) Sacad de ahí al profeta.

SOLDADO I.º

No podemos atrevernos á tal cosa, princesa.

SALOMÉ

(*Asómase al brocal de la cisterna y mira al interior.*) ¡Qué obscuro está! ¡Parece una tumba! Vivir en un antro así debe ser cosa muy horrible. (*A los soldados.*) ¡No me habéis oído? Sacadle de ahí, que quiero verle.

SOLDADO 2.º

¡No nos pidáis eso, princesa, por piedad!

SALOMÉ

¡Me hacéis esperar!

SOLDADO I.^o

Princesa, disponed, si os place, de nuestra vida; mas no nos forcéis á lo que no podemos ejecutar. Otra persona hay á quien debéis dirigiros para ello.

SALOMÉ

(Repara en el joven sirio.) ¡Ah!...

EL PAJE

¡Ah! ¡No puede menos de acaecer alguna desgracia!

SALOMÉ

(Al joven sirio.) Vos lo haréis por mí, ¿verdad, Narraboth, que lo haréis? Siempre he sido amable y buena con vos. ¿Verdad que me queréis complacer? Sólo deseo verlo. ¡Se ha hablado tanto de este profeta! El Tetrarca lo nombra con frecuencia. Estoy segura de que le teme. ¿Acaso vos, Narraboth, le teméis también?

EL JOVEN SIRIO

No, princesa, á nadie temo; pero el Tetrarca tiene terminantemente prohibido que se levante la losa de esa cisterna.

SALOMÉ

Sin embargo, por mí la alzaréis, Narraboth. Mañana, al pasar en mi litera por la puerta de los vendedores de ídolos, dejaré caer para vos una florecilla verde.

EL JOVEN SIRIO

No puede ser, princesa, no puede ser.

SALOMÉ

(Insinuante.) ¿Tampoco para mí, Narraboth? Mañana, al pasar en mi litera por la puerta de los vendedores de ídolos, os miraré á través del velo de muselina. Sí, os miraré, Narraboth, y acaso os envíe también una sonrisa... ¡Miradme, Narraboth, miradme! ¡Ah! Ya conozco que haréis lo que os pido. ¿No es verdad?

EL JOVEN SIRIO

(A los soldados.) Sacad al profeta. La princesa quiere verlo.

SALOMÉ

¡Ah!

EL PAJE.

¡Oh, qué aspecto más extraño el de la luna! Diríase la faz de una muerta velada con fúnebre sudario.

EL JOVEN SIRIO

Cierto, que es muy extraño su aspecto. Parece una princesita de ojos de ámbar... Sí; á través de las nubes blancuecinas, sonrío como una princesita.

ESCENA III

LOS MISMOS Y EL PROFETA *(que sale de la cisterna. Al verlo Salomé retrocede asustada.)*

YO'KANAÁN

¿Dónde está el que posee la copa re-
bosante de abominaciones? ¿Dónde está
el que un día, vestido de plata, ha de
morir delante del pueblo? Decidle que
venga á escuchar la palabra del que ha
clamado en el desierto y en los palacios
de los reyes.

SALOMÉ

(Al joven sirio.) ¿De quién habla?

EL JOVEN SIRIO

No lo podemos adivinar, princesa.

YO'KANAÁN

¿Dónde está la que, habiendo visto
imágenes de caldeos dibujadas en colo-
res por las paredes, se ha dejado llevar
de la concupiscencia de sus ojos y ha
enviado embajadores á Caldea?

SALOMÉ

Habla de mi madre.

EL JOVEN SIRIO

No en verdad, princesa.

SALOMÉ

Sí; es de mi madre.

YO' KANAÁN

¿Dónde está la que se ha abandonado á los capitanes asirios que llevan tahalíes en la cintura y tiaras de colores variados en la cabeza? ¿Dónde está la que se ha entregado á los jóvenes corpulentos de Egipto, que se visten con trajes de lino y jacinto y llevan broqueles de oro y cascos de plata? Decidle que se levante del lecho de su impudicia, de su cama incestuosa, que oiga la voz del que prepara el camino del Señor y se arrepienta de sus pecados. Y aunque nó se enmiende y persevere en sus abominaciones, decidle que venga, pues el Señor tiene el azote en su mano.

SALOMÉ

¡Es espantoso!

EL JOVEN SIRIO

¡Por favor, princesa; no permanezcáis más en este sitio!

SALOMÉ

Sus ojos son terribles. Parecen los negros agujeros que dejan las antorchas en un tapiz de Tiro. Son como las cavernas oscuras en que habitan los dragones, ó bien como lagos negros que agita el influjo de lunas fantásticas. ¿Creéis que dirá más aún?

EL JOVEN SIRIO

No permanezcáis más tiempo aquí, princesa, os lo suplico.

SALOMÉ

¡Y qué delgado está! Parece una fina imagen de marfil y plata. Estoy cierta de que es casto como la luna. Parece un rayo argenteo de la luna. Fría como el marfil debe de ser su carne. Quiero verlo de cerca.

EL JOVEN SIRIO

No hagáis tal, princesa.

SALOMÉ

Es preciso que lo vea de cerca.

EL JOVEN SIRIO

¡Princesa, princesa!

YO' KANAÁN

¿Quién es la mujer que me mira? ¿Por qué me mira con sus ojos de oro, que brillan bajo unos párpados amarillos?... No sé quién es; no quiero saberlo. Decidle que se marche; no quiero hablarla.

SALOMÉ

Soy Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.

YO' KANAÁN

¡Atrás, hija de Babilonia! ¡No te acerques al elegido del Señor. Tu madre ha manchado la tierra con el oprobio de sus

iniquidades, y el clamor de sus pecados ha llegado hasta el Trono del Señor.

SALOMÉ

Prosigue, Yo'kanaán. Tu voz me embelesa.

EL JOVEN SIRIO

¡Princesa, princesa, princesa!

SALOMÉ

¡Prosigue, Yo'kanaán, y dime lo que debo hacer!

YO'KANAÁN

¡No te acerques, hija de Sodoma! Cubre tu rostro con un velo; pon ceniza sobre tu cabeza, y ve al desierto en busca del Hijo del Hombre.

SALOMÉ

¿Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan hermoso como tú, Yo'kanaán?

YO'KANAÁN

Oigo cómo el ángel de la muerte bate sus alas sobre el palacio.

EL JOVEN SIRIO

Princesa, os suplico que entréis. (*Señalando el salón.*)

YO'KANAÁN

¡Espíritu de Dios, Señor nuestro! ¿Qué haces ahí con tu cuchilla levantada? ¿Qué buscas en este palacio inmundo? ¡No ha llegado aún el día del que debe morir vestido de plata!

SALOMÉ

¡Yo'kanaán!

YO'KANAÁN

¿Quién me habla?

SALOMÉ

¡Yo'kanaán! Estoy enamorada de tu cuerpo, que es blanco como el lirio que



nace en la pradera nunca hollada por la planta del segador. Tu cuerpo es blanco como la nieve de los montes de Judea, que descende al fondo del valle. No son tan blancas como tu cuerpo las rosas que florecen en el jardín de la reina de Arabia, ni los pies de la aurora cuando caminan leves sobre el follaje, ni el disco de la luna cuando se refleja sobre la llanura del mar... Nada, nada en el mundo existe de una blancura comparable á la de tu cuerpo. Déjame tocarlo, solamente tocarlo.

YO'KANÁAN

¡Atrás, hija de Babilonia, atrás! ¡El mal ha venido á la tierra por culpa de la mujer! ¡No me hables, no quiero escucharte! Sólo tengo oídos para la palabra de Dios.

SALOMÉ

Tu cuerpo es inmundo, como el del leproso. Diríase una pared de yeso, por donde pasaron víboras y en la que ani-

daron escorpiones; como sepulcro blanco por fuera y lleno de podredumbre en su interior. ¡Oh, qué horrible es tu cuerpo!... ¡Sólo tus cabellos me gustan, Yo'kanaán! Tus cabellos, que se parecen á los racimos negros que cuelgan de las viñas de Edom, ó bien á los grandes cedros del Líbano, que dan sombra á los leones y amparo al malhechor que huye de la claridad del sol. Las noches largas y profundas, cuando la luna se esconde y las estrellas no esplenden, son menos negras que tus cabellos. No es tan negro el silencio que puebla las selvas. Nada hay en el mundo tan negro como tus cabellos. Permíteme tan sólo que los toque.

YO'KANAÁN

¡Atrás, atrás, hija de Sódoma! ¡No quiero que te acerques á mí! ¡El templo del Señor no debe profanarse!

SALOMÉ

Tus cabellos son horrorosos. Están cubiertos de polvo y cieno. Parece como si

se hubiera colocado una corona de espinas en tu frente; como si un nido de serpientes se enroscase á tu cuello. No me gustan tus cabellos. Sólo tu boca me parece hermosa, Yo'kanaán. Tu boca es como una cinta de escarlata en torre de marfil. Como granada abierta con cuchillo de plata. No son tan rojas como ella las flores del granado que nace en los jardines de Tiro. Su color es más vivo que el de las mismas rosas. Menos encarnados son que tu boca los gritos rojos de las trompas que anuncian la llegada de los reyes y ponen espanto en las huestes enemigas. Tu boca es más encarnada que los pies que huellan la uva en el lagar; más roja que las de las palomas que habitan en los templos y que los sacerdotes cuidan; más que los pies del que regresa del bosque después de haber matado leones y combatido con tigres dorados. Es tu boca como la rama de coral cogida por los pescadores en el crepúsculo y que se guarda para los reyes; como el bermellón que los de Moab extraen de sus minas y que los reyes les arrebatan.

Es como el arco del rey pérsico, teñido de rojo y con cuernos de coral. Nada, nada existe en el mundo tan rojo como tu boca... Deja que la bese.

YOKANAÁN

¡Jamás, hija de Babilonia! ¡Hija de Sodomoma, jamás!

SALOMÉ

¡Quiero besar tu boca, Yo'kanaán, la quiero besar!

EL JOVEN SIRIO

¡Princesa, princesa! ¡Tú, que eres como la mirra; tú, que eres la paloma de las palomas, no mires á ese hombre! ¡No le mires ni le digas esas palabras que no puedo sufrir! ¡Princesa, princesa; no vuelvas á decir tales cosas!

SALOMÉ

¡He de besar tu boca, Yo'kanaán!

EL JOVEN SIRIO

¡Ah! (*Se mata, y cae entre Salomé y Yo'kanaán.*)

EL PAJE

¡El joven sirio se ha matado! ¡El capitán de la guardia se ha matado! Le había dado yo una cajita de perfumes y más tarde unos pendientes de plata, y ahora se ha matado... ¡Oh! ¿No predijo él mismo esa desgracia? También yo la había vaticinado, y así acaba de suceder. Bien me parecía á mí que la luna buscaba un muerto. ¿Por qué no le he ocultado á la luna? Si yo le hubiera escondido en el fondo de una caverna, no lo hubiera encontrado.

SOLDADO I.º

Princesa; el joven capitán se ha matado.

SALOMÉ

¡Déjame besar tu boca, Yo'kanaán!

YO' KANAÁN

¿No tienes miedo, hija de Herodías? ¿No te dije antes que había oído batir las alas del ángel de la muerte sobre el palacio? ¿No acabas de sentir ahora su presencia?

SALOMÉ

¡Déjame besar tu boca!

YO' KANAÁN

¡Hija del adulterio! Un hombre hay, gracias al cual podrás salvarte. Ese es el mismo de quien te he hablado. Ve á buscarle: le hallarás en un bajel por el mar de Galilea, conversando con sus discípulos. Ponte de hinojos en la orilla, llámale por su nombre y él irá hacia ti, pues á ninguno que con fe le llama, desoye. Entonces arrójate á sus pies y pídele la remisión de tus pecados.

SALOMÉ

¡Déjame, déjame que bese tu boca!

YO'KANAÁN

¡Maldita seas, hija de madre incestuosa, maldita seas!

SALOMÉ

¡Quiero besar tu boca, Yo'kanaán!

YO'KANAÁN

¡No quiero verte más! ¡No te volveré á ver! ¡Maldita eres, Salomé, maldita eres!
(*Baja á la cisterna.*)

SALOMÉ

¡Quiero besar tu boca, Yo'kanaán, déjame besarla!

SOLDADO I.º

(*Señalando el cadáver del capitán.*) Hay que sacar ese cadáver de aquí. Al Tetrarca no le gusta ver más muertos que los condenados por él.

EL PAJE

Yo le quería mucho más que á un hermano. Le regalé una cajita de perfumes



y un anillo de ágata, que no se quitaba nunca del dedo. Por las noches, solíamos pasear á orillas del río, bajo los almendros que lo bordean, y me refería cosas de su país. Hablaba siempre en voz baja. El timbre de ésta era parecido al son meloso y tierno de la flauta. Tenía costumbre de mirar su imagen al retratarse en la corriente del río, por lo que hube de reprenderle muchas veces.

SOLDADO 2.º

Tenéis razón; urge ocultar el cadáver antes de que venga el Tetrarca y lo vea.

SOLDADO 1.º

El Tetrarca no vendrá aquí. Tiene demasiado miedo al profeta.

ESCENA IV

LOS MISMOS MENOS YO' KANAÁN.—HERODES.
— HERODÍAS. — TIGELINO. — CORTESANOS.

HERODES

¿Dónde está Salomé? ¿Dónde está la princesa? ¿Por qué no ha vuelto al festín, como la había mandado?... ¡Ah, hela ahí!

HERODÍAS

No es conveniente mirarla. ¡La estáis mirando siempre!

HERODES

La luna ofrece esta noche un aspecto muy raro. ¿Verdad que su traza es extraña? Diríase una cortesana histérica que busca amantes. La veo completamente desnuda, esquivando las nubes que avanzan hacia ella como para vestirla. Se la ve vacilar, á través de las nubes, como una mujer beoda. ¿No es verdad que se tambalea como una mujer beoda? ¿No es verdad que parece una cortesana?

HERODÍAS

No; la luna no parece más que lo que es, y no otra cosa. Volvamos adentro, pues nada tenéis que hacer aquí.

HERODES

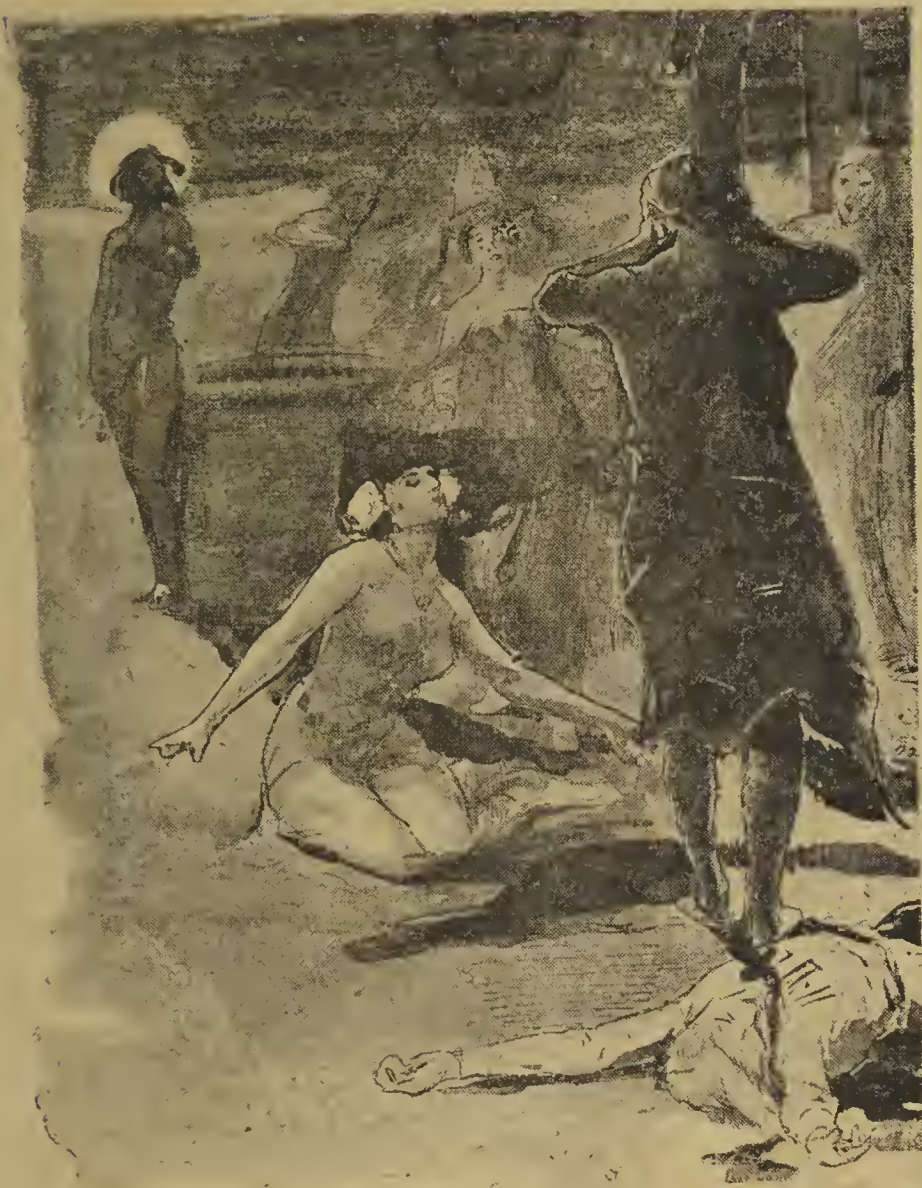
Quiero estar aquí. ¡Manassé! pon tapices ahí. Enciéndanse antorchas, y que se traigan las mesas de marfil y de jaspe. Por aquí corre un aire delicioso. Voy á beber más vino con mis huéspedes. Hay que honrar á los embajadores del César.

HERODÍAS

No por ellos queréis permanecer aquí.

HERODES

Sí; el aire es delicioso en este lugar. Ven, Herodías, que nos aguardan nuestros huéspedes. ¡Ah! ¡Sobre sangre he resbalado! Será de mal agüero. Pero ¿qué sangre es ésta? Y este cadáver, ¿de quién es? ¿Por qué lo habéis dejado aquí? ¿Pensáis que soy como el rey de Egipto, quien



ofrece á sus convidados, siempre que da un festín, el espectáculo de un muerto?... Mas decid, ¿de quién es? ¡Oh, no quiero mirarlo!...

SOLDADO 1.º

Es nuestro capitán, señor. Es el joven sirio, nombrado por vos capitán desde hace tres días.

HERODES

No he dado orden de que se le matara.

SOLDADO 2.º

Se ha matado él mismo, señor.

HERODES

¿Por qué, habiéndole hecho yo capitán?

SOLDADO 2.º

Lo ignoramos, señor; pero es cierto que se ha dado él mismo la muerte.

HERODES

Lo extraño. Creía yo que sólo se mataban los filósofos de Roma.

TIGELINO

Una clase hay de ellos que lo hace: son los estoicos, hombres groseros y muy ridículos. Tal me han parecido siempre.

HERODES

También á mí me lo parecen. Cosa ridícula es matarse.

TIGELINO

Mucho se burlan de ellos en Roma. El mismo Emperador los ha satirizado en un poema suyo que en todas partes se recita.

HERODES

¡Hola! ¿El Emperador los ridiculiza en un poema? En verdad que el César es hombre maravilloso. Nada hay que resista á su poder... Me sorprende que el

capitán se haya matado. Lo deploro de veras. Era un hombre hermoso; en sus ojos había languidez, y recuerdo haberle visto mirar á Salomé con ternura. Sí, creo que la miraba demasiado.

HERODÍAS

Otros hay que también la miran con exceso.

HERODES

Su padre era rey y le destroné, expulsándole de su país, y vos, Herodías, tenéis convertida á su madre en una de vuestras esclavas. Yo le consideraba como huésped y por eso le hice capitán. Mucho siento que se haya quitado la vida... Mas ¿por qué habéis dejado aquí su cadáver? ¡Lleváoslo! ¡No quiero verlo! (*Sacan el cadáver de la terraza.*) ¡Aquí hace frío y viento! ¿Verdad que sopla el viento?

HERODÍAS

No, no sopla el viento.

HERODES

Sí, sí. También llega á mis oídos el rumor de unas alas que se agitan en el aire. ¿No lo oís?

HERODÍAS

Nada se oye.

HERODES

Tampoco las oigo ya; pero antes las he oído... Sería el viento quizá, pero ya cesó... ¡Ah! ¡Otra vez vuelven á oirse! ¿No oís vosotros? Es como el batir de unas alas gigantescas.

HERODÍAS

Os he dicho ya que nada se oye. Sin duda estáis enfermo ó alucinado. Vámonos adentro.

HERODES

No estoy enfermo. Lo está vuestra hija. No la he visto nunca tan pálida.

HERODÍAS

Os he dicho que no la miréis.

HERODES

Llenad de vino las copas. (*Le sirven.*)
Salomé, venid á beber en mi compañía;
probaréis un vino incomparable que me
ha enviado el César. Mojad en él siquie-
ra vuestros diminutos y rojos labios, y yo
apuraré el resto.

SALOMÉ

No tengo sed, Tetrarca.

HERODES

(*A Herodías.*) ¿Oís lo que contesta
vuestra hija?

HERODÍAS

Tiené razón. ¿A qué mirarla continua-
mente?

HERODES

Traed fruta. (*La traen.*) Salomé, catad
mi fruta, pues me agrada ver en ella la
señal de vuestros menudos dientes. Mor-
ded esta fruta, y comeré el resto.

SALOMÉ

No tengo ganas, Tetrarca.

HERODES

(*A Herodías.*) ¿Así la habéis educado?

HERODÍAS

Somos mi hija y yo de extirpe real,
y tú eres hijo de un ladrón que guardaba
camellos.

HERODES

¡Mientes!

HERODÍAS

Bien sabes que es verdad.

HERODES

Salomé, siéntate á mi lado; te concedo
el sitio de tu madre.

SALOMÉ

No estoy cansada, Tetrarca.

HERODÍAS

(A Herodes.) Ya veis el aprecio que os tiene.

HERODES

Traed... ¿Qué iba yo á pedir?... ¡No me acuerdo... ¡Ah, sí!...

LA VOZ DE YO'KANAÁN

¡Ha llegado ya la hora! Se ha cumplido lo que profeticé, dice el Señor. Este es el día que había vaticinado.

HERODÍAS

Ordenadle que se calle. No quiero oír á ese hombre, que al hablar siempre me njuria.

HERODES

Nada dice contra vos. Es un gran profeta.

HERODÍAS

No creo en los profetas. ¿Cómo puede un hombre adivinar el porvenir? A nadie

es dado hacerlo. Ese hombre no acaba de insultarme, y sin embargo... creo adivinar que os amedrenta. Sí, os infunde miedo.

HERODES

No, por cierto. Nada en él me intimida.

HERODÍAS

No lo creo. A ser verdad lo que decís, estaría ya á estas horas en manos de los judíos, que lo reclaman desde hace tantos meses.

UN JUDÍO

Ciertamente, señor; harías muy bien en entregárnolo.

HERODES

Basta. Dije ya lo que pensaba. Se trata de un santo que ha visto á Dios.

UN JUDÍO

¡Imposible! Nadie lo ha vuelto á ver después del profeta Elías. Dios no se

muestra ahora á nadie, sino al contrario, parece que pone empeño en ocultarse. De ahí que tantas calamidades aflijan á nuestro pueblo.

JUDÍO 2.º

Verdad es, y aún se duda de si el profeta Elías vió realmente á Dios ó á su sombra.

JUDÍO 3.º

Dios no se oculta nunca. Está en todo, así en el bien como en el mal.

JUDÍO 4.º

¡Vaya un desatino! Ese sofisma descabellado procede de la escuela de Alejandría, donde se enseña la filosofía griega, y los griegos son gentiles que ni están circuncidados.

JUDÍO 5.º

No se puede saber de qué modo influye Dios en las cosas. Su acción es misteriosa. Tal vez sea mal lo que considera-

mos como bien, y sea bien aquello que entendemos por mal. Imposible es alcanzar la esencia de los hechos, por lo que debemos remitirnos en un todo á Dios. El sólo es fuerte, capaz de destruir, así á los poderosos como á los débiles.

JUDÍO 1.º

Decís verdad; Dios es terrible. Al modo que el trigo se quebranta en el mortero, puede él quebrantar á los débiles y á los fuertes. Ese hombre no ha visto á Dios. Nadie le ha vuelto á ver desde Elías.

HERODÍAS

Decid á esos hombres que se callen; me fastidian.

HERODES

He oído decir que Yo'kanaán es el mismo profeta Elías.

JUDÍO 1.º

¡No es posible! Tres siglos han pasado ya desde su tránsito por la tierra.

HERODES

Pues muchos aseguran que es él.

UN NAZARENO

Yo, por mi parte, creo que es Elías.

JUDÍO 1.º

Os engañáis, no es Elías.

LA VOZ DE YO' KANAÁN

¡Ha llegado ya la hora de las profecías,
y oigo resonar en las montañas los pasos
del Salvador del Mundo!...

HERODES

¿Qué quiere decir el Salvador del
Mundo?

TIGELINO

Es un título correspondiente al César.

HERODES

Pero César no viene á Judea. Ayer mis-
mo recibí pliegos de Roma, y nada se me

dice de ello. En fin, vos, Tigelino, que habéis estado en Roma durante todo el invierno, ¿habéis oído algo?



TIGELINO

Nada, en verdad, oí decir. Por lo demás, señor, he querido sólo explicar el título, que es uno de los del César.

HERODES

No podría César, porque está con gota.

Dicen que tiene pies como de elefante. Existen además razones de Estado que se oponen al viaje del César, pues quien abandona á Roma, puede quedarse sin ella. De todos modos, él es el amo, y si se empeña.. Mas seguiré dudándolo.

EL NAZARENO

El profeta no quiere aludir al César, señor.

HERODES

¿No?

EL NAZARENO

No, señor.

HERODES

¿A quién se refiere entonces?

EL NAZARENO

Al Mesías, que ha venido.

JUDÍO I.º

¡El Mesías no ha venido aún!

EL NAZARENO

Sí ha venido, y cumple grandes milagros por do va.

HERODES

¡Oh, oh! ¿Milagros? No creo en milagros. Harta éxperiencia tengo para creer en milagros. (*Al paje.*) Trae mi abanico.

EL NAZARENO

Digo que ese hombre hace verdaderos milagros. Testigos presenciales me han contado que en una boda de gente encofetada que se celebró en una pequeña ciudad de Galilea, convirtió el agua de varias tinajas en vino, al faltar éste. Sólo con tocarlos, sanó á dos leprosos que estaban en la puerta de Cafarnaum.

OTRO NAZARENO

Eran ciegos los que curó en Cafarnaum.

EL NAZARENO

No; eran leprosos. Pero también ha devuelto la vista á muchos ciegos. Además,

le han visto en la montaña conversando con los ángeles.

UN SADUCEO

Los ángeles no existen

UN FARISEO

Sí existen; pero no creo que ese hombre haya podido comunicarse con ellos.

NAZARENO I.º

Gran número de personas le han visto hablar con los ángeles.

EL SADUCEO

No con los ángeles.

HERODES

¡Cuánto fastidian esos hombres! ¡Son estúpidos! (*Al paje.*) Dame el abanico. (*Se lo da.*) Parece que estás soñando. No es bueno soñar. Únicamente sueñan los enfermos. (*Da un abanicazo al paje.*)

NAZARENO 2.^o

Ha hecho también el milagro de la hija de Jairo.

NAZARENO 1.^o

Cierto es.

HERODÍAS

(*A Herodes.*) Estos hombres se han vuelto locos. Se conoce que han mirado demasiado la luna. Mandad que se callen.

HERODES

¿Qué milagro es ese de la hija de Jairo?

NAZARENO 1.^o

La hija de Jairo estaba muerta y él la tornó á la vida.

HERODES

¿Resucita á los muertos?

NAZARENO 1.^o

Sí, señor; los resucita.

HERODES

No quiero que haga eso! Se lo prohibo. No he de consentir que resucite á los muertos. Hay que buscar á ese hombre para decirle que le prohibo terminantemente resucitar á los muertos. ¿En dónde se halla ahora?

NAZARENO 2.º

En todas partes, señor, y, sin embargo, es muy difícil dar con él.

NAZARENO 1.º

Hay rumores de que anda por Samaria.

JUDÍO 1.º

Si se encuentra en Samaria, no puede ser el Mesías. ¿Id á meterse entre los samaritanos, gente maldita, que nunca lleva ofrendas al templo?

NAZARENO 2.º

Hace algunos días que abandonó á Samaria, y creo que en estos momentos se halla cerca de Jerusalén.

NAZARENO I.^o

No, no está allí. Justamente acabo de llegar de Jerusalén, donde hace más de dos meses no se oye hablar de él.

HERODES

En fin, dejad eso. Hay que buscarle y decirle que no le consiento resucitar á los muertos. Enhorabuena que cure á los ciegos, los leprosos y transforme el agua en vino; al fin serán buenas acciones; mas que vuelva á la vida á los muertos... ¡Cosa terrible sería si los muertos resucitaran!

LA VOZ DE YO'KANAÁN

¡Oh desvergonzada! ¡Oh mujer impura! ¡Ah hija de Babilonia con ojos y párpados de oro! Escucha la voz de Dios: «Lanzad contra ella á un tropel de hombres; que el pueblo coja piedras y la lapide!...»

HERODÍAS

¡Haced callar á ese hombre!

LA VOZ DE YO'KANAÁN

Que la atraviesen los capitanes de la guerra con sus espadas y la aplasten con sus broqueles.

HERODÍAS

¡Oh, eso es in ame!

LA VOZ DE YO'KANAÁN

¡Así el crimen desaparecerá de la haz de la tierra, y las demás mujeres no aprenderán abominaciones de ésta.»

HERODÍAS

(*A Herodes.*) ¿No oís lo que dice de mí? ¿Cómo toleráis que ultraje así á vuestra esposa?

HERODES

No ha pronunciado vuestro nombre.

HERODÍAS

No le hace. Bien sabéis que en su mente alude á mí. ¿Por ventura no soy vuestra esposa?

HERODES

Sí, ¡mi querida y digna Herodías. Sois en verdad mi esposa, habiéndolo sido antes de mi hermano.

HERODÍAS

Vos fuisteis quien se esforzó en separarme de él.

HERODES

En efecto; yo era el más fuerte... Pero no hablemos de eso. No quiero volver á tocar esa cuestión. Por tal causa, el profeta lanza sus terribles anatemas. Quizá por eso también sobrevenga alguna catástrofe horrorosa. No hablemos más de lo pasado. Noble Herodías, olvidamos á nuestros huéspedes. Llenadme la copa, adorada mía; llenad también de vino las grandes copas de cristal y de plata. Quiero beber á la salud del César... Habiendo aquí romanos, obligado es beber á la salud del César.

TODOS

¡César! ¡César!

HERODES

(A Herodías.) ¿Os habéis fijado en la palidez de vuestra hija?

HERODÍAS

¿Qué os importa que esté pálida ó no?

HERODES

Nunca la he visto de ese modo.

HERODÍAS

No la miréis os digo.

LA VOZ DE YO'KANAÁN

Aquel día tornarése el sol de color negro; se enrojecerá la luna, y las estrellas caerán sobre el mundo como los higos maduros de la higuera. Los reyes de la tierra sentirán gran pavor y todos temblarán.

HERODÍAS

¡Oh, quisiera ver ese día de que habla, cuando la luna se pondrá roja y las estrellas caigan en la tierra como higos maduros! En verdad que el profeta dice cosas de hombre beodo... No puedo sufrir el sonido de su voz; mandad que calle.

HERODES

No quiero. Si no acierto á comprender del todo el sentido de sus palabras, sueñan en mi oído á modo de presagio funesto.

HERODÍAS

Yo no creo en presagios; os digo que habla como un ebrio.

HERODES

Quizá lo esté del vino de Dios.

HERODÍAS

¿Qué vino es ese de Dios? ¿De qué viñas procede? ¿En qué lagares se encuentra?

HERODES

(Sin dejar de mirar á Salomé.) Tigelino, cuando últimamente estuviste en Roma, ¿no te habló el emperador de...? *(Quédase como embeleso mirando á Salomé.)*

TIGELINO

¿De qué, señor?

HERODES

¿De qué? ¡Ah! ¿Te había preguntado algo? Olvidé lo que iba á decir.

HERODÍAS

Seguís mirando á mi hija, y os he dicho ya que ello podrá seros perjudicial.

HERODES

¿No sabéis decir más que eso?

HERODÍAS

Os lo repetiré constantemente.

HERODES

¿Es á propósito de la restauración del templo que tanto se habla? Qué, ¿se hace algo al fin? Cuentan que ha desaparecido el velo del santuario. ¿Es verdad?

HERODÍAS

Vos sois quien lo ha robado. Habláis sin ilación ni sentido alguno. No quiero que sigáis en este lugar. Vámonos adentro.

HERODES

Salomé, bailad un poco en mi obsequio.

HERODÍAS

No quiero que baile.

SALOMÉ

No tengo ganas de bailar, Tetrarca.

HERODES

Salomé, hija de Herodías, hacedme el favor de bailar.

HERODÍAS

Dejadla en paz.

HERODES

¡Os mando que dancéis, Salomé!

SALOMÉ

No bailaré, Tetrarca.

HERODÍAS

(Riéndose.) Ya veis qué bien os obedece.

HERODES

¡Qué me importa que baile ó no! Nada. Esta noche soy feliz. Sí, feliz como nunca lo he sido.

SOLDADO 1.º

El aspecto del Tetrarca es sombrío. ¿No es verdad que es sombrío?

SOLDADO 2.º

Ciertamente.

HERODES

¿Y cómo no he de ser enteramente dichoso? César, que es el amo del mundo y el Señor de todos, me aprecia. Ahora mismo acaba de enviarme valiosos regalos. También me ofrece llamar á Roma al rey de Capadocia, quizá para crucificarle. Bien puedo, pues, considerarme feliz. En verdad, no lo he sido nunca tanto como hoy. Nada hay en este día que pueda venir á acibarar mis placeres.

LA VOZ DE YO'KANAÁN

Le sentará en su trono. Serán de púrpura y escarlata sus vestidos. Tendrá en la mano un vaso de oro lleno de sus blasfemias. Mas el ángel del Señor le herirá, y los gusanos roerán su cuerpo.

HERODÍAS

Bien oís lo que dice de vos. Seréis devorado por los gusanos.

HERODES

No es de mí de quien habla. Nunca dice nada que aluda á mí. Dice eso por el

rey de Capadocia, mi enemigo. A él es á quien roerán los gusanos, no á mí. Lo único que me censura es por haber tomado como esposa á la mujer de mi hermano, y puede que tenga razón, pues hasta hoy habéis sido estéril.

HERODÍAS

¿Estéril yo? ¿Y vos sois el que lo decís? ¿Vos, que siempre estáis mirando á mi hija, y á quien habéis pedido que bailase para diversión vuestra? Ridículo es en verdad decir tal cosa. He tenido una hija, y vos no habéis tenido nunca hijos ni aun de vuestras esclavas. Vos sois el estéril, no yo.

HERODES

Callaos. Repito que sois estéril; pues no me habéis dado ningún hijo. Además, el profeta condena nuestro matrimonio por incestuoso, y afirma que será fuente de grandes males. Mucho me temo que acierte. Casi estoy convencido de que tiene razón. Pero, en fin, no es este el momento más á propósito para tratar de

ello. Ahora quiero saborear por entero la dicha de ser feliz, y lo soy en verdad; sí, lo soy completamente.

HERODÍAS

Mucho me huelgo de que hoy manifestéis tan buen humor. Es cosa que rara vez os acontece. Mas hora es ya de retirarnos. Entremos. Ya sabéis que al despuntar el día tenemos que salir de caza. Es menester honrar cumplidamente á los embajadores que César nos envía. ¿No os parece?

SOLDADO 2.º

¡Qué aspecto sombrío tiene hoy el Tetrarca!

SOLDADO 1.º

Sí, muy sombrío.

HERODES

Salomé, Salomé, bailad en obsequio mío; os lo pido como gran merced. Esta noche estoy triste. Sí, muy triste. Al entrar aquí he resbalado en sangre, lo

que es de mal agüero, y he sentido el rumor de unas alas gigantescas... No puedo comprender la significación de ambos hechos... Gran tristeza me domina hoy. Bailad un poco, Salomé; os lo pido por favor. Si lo hacéis, os daré luego lo que apetezcáis. ¡Oh, bailad, Salomé! Complaceme en ello y alcanzaréis de mí lo que queráis, aunque sea la mitad de mi reino.

SALOMÉ

(Irguiéndose.) ¿Me concederéis lo que os pida, Tetrarca?

HERODÍAS

No bailéis, hija mía.

HERODES

Todo, aunque sea la mitad de mi reino.

SALOMÉ

¿Lo juráis?

HERODES

Lo juro, Salomé.

HERODÍAS

No bailéis, hija mía.

SALOMÉ

¿Cómo lo juráis, Tetrarca?

HERODES

Por mi vida, por mi corona y por mis dioses. Si me dais gusto en lo que os pido, obtendréis todo lo que queráis, aunque sea la mitad de mi reino. ¡Oh, Salomé, Salomé, bailad, bailad por favor!

SALOMÉ

¿Mantenéis vuestro juramento, Tetrarca?

HERODES

Sí, querida Salomé.

SALOMÉ

¿Me daréis cuanto os pida, aunque sea la mitad de vuestro reino?

HERODÍAS

No bailes, hija mía, no bailes.

HERODES

Aunque sea la mitad de mi reino... Te lo daré si lo pides. ¡Oh, cómo realzarían tu belleza, Salomé, las galas suntuosas de una reina! Estarías sumamente hermosa... ¿Verdad que lo estaría?... Pero qué frío hace aquí; corre un aire sutil y helado que... ¡Ah, otra vez vuelvo á oír...! ¿Por qué me persigue de tal modo ese continuo y agitado rumor de alas? Diríase que una ave negra y monstruosa se cierne sobre la terraza con formidable aleteo... ¿Pero cómo es que no puedo verla? El batir de sus alas suena en mi oído como eco de un ruido siniestro, y el aire agitado rudamente por ellas tórnase frío, muy frío... Mas no, no es frío; ahora es ardoroso de tal modo, que parece ahogarme.

¡Oh, me falta el aliento! Rociad con agua mis manos; dadme nieve para absorberla. Desabrochad mi manto á pri-

sa, á prisa... Mas no; dejadlo. Mi corona es la que me lastima, mi corona de rosas. Parece como si sus flores se hayan tornado en flores de fuego, que incendian y abrasan mi frente. (*Arranca de su cabeza la corona y la tira al suelo.*) ¡Al fin puedo respirar!... ¡Qué encarnados son esos pétalos! Diríase que eran manchas de sangre esparcidas por el mantel. Pero dejémonos de buscar símbolos en las cosas, porque ello amarga constantemente la vida. ¿No sería mejor decir que las manchas de sangre son tan bellas como las rosas? Sí; mejor sería compararlas á los pétalos de la flor... Mejor sería... Pero dejemos ahora eso. En este instante soy dichoso, muy dichoso. ¿No os parece que tengo fundados motivos para considerarme feliz? Vuestra hija accede á bailar en mi obsequio. ¿Verdad que lo haréis, Salomé? Me lo habéis prometido.

HERODÍAS

No quiero que baile.

SALOMÉ

Bailaré en vuestro obsequio, Tetrarca.

HERODES

Ya oís lo que dice vuestra hija; bailará en mi obsequio. Bien hacéis, Salomé, en complacerme. Terminada la danza, no os olvidéis de pedir la recompensa que se os antoje. Os daré cuanto queráis, aunque sea la mitad de mi reino. Lo he jurado. ¿No es verdad?

SALOMÉ

Cierto es que jurasteis.

HERODES

Nunca he hecho traición á mi palabra; nunca. No soy de los que faltan á ella. No sé mentir. Mi palabra es la de un rey. El de Capadocia miente siempre, y por ello no es digno de ser rey. Es un cobarde. Además de no querer devolverme el dinero que me debe, ha llegado á insul-

tar á mis embajadores con palabras soeces y mortificantes. Pero muerte ignominiosa le apercibe César para cuando vaya á Roma. Sí; cierto estoy de que César lo crucificará. De lo contrario, moriría también comido por los gusanos. El profeta lo ha dicho... Y bien; ¿qué aguardáis Salomé?

SALOMÉ

Espéro que mis esclavos vengan con los perfumes y traigan los siete velos; luego me quitaré las sandalias. (*Los esclavos traen lo pedido por Salomé y quítanle las sandalias.*)

HERODES

¡Ah! ¿Queréis bailar con los pies descalzos? Mejor, mejor. Parecen vuestros piececitos dos cándidas palomas ó florecillas blancas que se mecen en la copa de un árbol. ¡Pero qué! ¿Vais á bailar en la sangre? El suelo está manchado de sangre. No quiero que bailes en la sangre; sería de mal agüero.

HERODÍAS

¿Qué os importa, Tetrarca?

HERODES

¿Qué me importa? ¡Ah! Mirad la luna; se ha puesto roja como la sangre siguiendo la predicción del profeta. Dijo que la luna se tornaría del color de la sangre. ¿Verdad que lo dijo? Todos lo habéis oído. La luna está roja como la sangre. ¿No lo veis?

HERODÍAS

(Irónica.) Muy bien lo veo; así como caen las estrellas cual higos maduros, ¿no es así? El sol se obscurece y tiemblan los reyes de la tierra. En verdad que todo ocurre como él dijo. Al fin el profeta ha acertado una vez. Se amedrentan los reyes de la tierra... Vaya, volvamos adentro. Estáis enfermo. Se dirá en Roma que os habéis vuelto loco; os digo que entremos.



LA VOZ DE YO' KANAÁN

¿Quién viene de Edom y de Borra vestido con ropas del color de la púrpura y andando con pasos de altiva majestad? ¿Por qué vuestros vestidos son de escarlata?

HERODÍAS

Vámonos de aquí. La voz de ese hombre me irrita. No quiero que mi hija dance mientras grite él de ese modo. Que tampoco baile, si seguís mirándola cual lo hacéis. En fin, le prohibo que baile. (*Se levanta como para irse.*)

HERODES

No te levantes, esposa y reina mía, que es en vano. No me iré de aquí hasta que haya bailado tu hija. Salomé; dad principio al baile.

HERODÍAS

No bailes, hija mía.

SALOMÉ

Estoy pronta, Tetrarca. (*Salomé baila la danza de los Siete Velos.*)

HERODES

(*Cuando Salomé concluye de bailar.*)
¡Ah, magnífico, maravilloso! Ya veis cómo ha querido complacerme vuestra hija. Acércate, Salomé; acércate para recibir el premio ofrecido. Recompensó con largueza á las bailadoras; pero á ti te haré mejor presente que á otra alguna. Pide cuanto quieras y te será otorgado.

SALOMÉ

(*Arrodillándose ante Herodes.*) Quiero que al punto se me traiga en una bandeja de plata...

HERODES

(*Riéndose.*) ¿En una bandeja de plata? ¿Verdad que es encantadora? ¿Y qué queréis que se os traiga en una fuente de plata, mi querida y bella Salomé, vos que



sois la más hermosa entre las doncellas de Judea? ¿Qué queréis que se os traiga en una fuente de plata? Decidlo. ¿Qué es lo que queréis, Salomé?

SALOMÉ

(Levantándose.) La cabeza de Yo'kanaán.

HERODÍAS

Muy bien, hija mía.

HERODES

No, no.

HERODÍAS

Muy bien, muy bien, hija mía.

HERODES

No, no, Salomé; no me pidáis eso. No hagáis caso de vuestra madre, que sólo da consejos malos. No le hagáis caso, Salomé.

SALOMÉ

No es por mi madre. Es por mi voluntad, que pido la cabeza de Yo'kanaán en una fuente de plata. Habéis jurado, Tetrarca; no lo olvidéis.

HERODES

Bien lo sé. He jurado por mis dioses. Mas, Salomé, os ruego que me pidáis otra cosa. Pedid la mitad de mi reino y os lo daré; pero no lo otro.

SALOMÉ

Pido la cabeza de Yo'kanaán.

HERODES

No; no quiero.

SALOMÉ

Habéis jurado, Tetrarca.

HERODÍAS

Sí, habéis jurado y todos lo han oído;

pues delante de ellos pronunciasteis vuestro juramento.

HERODES

Callaos, que no hablo con vos.

HERODÍAS

Bien hace mi hija en pedir la cabeza de ese hombre. Me ha insultado gravemente al decir de mí cosas infames. Tal petición demuestra que mi hija me ama, como es su deber. No cedáis, hija mía, que ha jurado.

HERODES

Callaos, os digo. Vamos, Salomé, sé razonable. ¿Verdad que es necesario serlo? Bien sabes que nunca fuí duro ni esquivo para ti; por el contrario, te he estimado tal vez más de lo que conviniera. No me exijas eso. Pues semejante petición es horrible y absurda. Entiendo que hablas en broma. La cabeza de un decapitado es horrorosa, y una virgen no debe contem-

plarla. ¿Qué goce podría darte? Ninguno. No, no, es imposible... Oye. Tengo una enorme esmeralda, redonda, que me ha enviado el favorito de César, y á través de ella se divisan muy bien los objetos colocados á gran distancia. César lleva una parecida cuando concurre al circo; pero la mía es mayor; lo sé bien. No hay en el mundo otra igual. ¿Verdad que quieres la esmeralda? Pedidla y os la daré.

SALOMÉ

Sólo quiero la cabeza de Yo'kanaán.

HERODES

¡Ah! ¿No quieres hacerme caso?

SALOMÉ

La cabeza de Yo'kanaán.

HERODES

No, no. Tú no puedes querer eso. Lo dices para vengarte de mí. Pues os he estado mirando toda la noche. Bien, sí;

os he mirado durante toda la noche. Vuestro hermosura me impresionó extraordinariamente, y por ello lo hice; pero no volveré á hacerlo. No debiera uno mirar las personas ni las cosas... Sólo debiera mirar los espejos... porque máscaras únicamente nos muestran... ¡Oh! ¡Oh!... Dadme vino... Tengo sed... Salomé, Salomé; seamos buenos amigos. Oidme... ¿Qué iba yo á decir?... ¡Ah, ya me acuerdo!... Pero acercaos más... Temo que no me oigáis bien, Salomé.... ¿Conocéis mis pavos blancos, mis hermosos pavos blancos, que se pasean por el jardín entre mirtos y cipreses? Sus picos son dorados como el grano que los nutre, y sus pies rojos como la púrpura. Cuando gritan, anuncian próxima lluvia; y si marchan tranquilos y majestuosos, destácase esplendente la luna en el límpido firmamento. Caminan de dos en dos por entre las calles de cipreses y mirtos, y cada cual tiene un esclavo para su custodia y cuidado... Ya se encaraman á los árboles, ya se tienden sobre el menudo césped que bordea el estanque... Nadie hay en el

mundo que posea aves tan maravillosas, ¡ni el mismo César!... Pues bien; os daré cincuenta de estos pavos. Os seguirán á todas partes, y cerca de ellos pareceréis la luna, rodeada por una hermosa nube blanca. Te los daré todos. Tengo cien, y serán tuyos si me relévas de la palabra que os dí...

SALOMÉ

Dadme la cabeza de Yo'kanaán, Tetrarca.

HERODÍAS

Muy bien, hija mía... ¡Os ponéis atrozmente ridículo con vuestros pavos!

HERODES

Callaos y no gritéis así. Vuestra voz me irrita. Os repito que calléis.

Salomé, considerad bien lo que me pedís. Ese hombre es tal vez un enviado del Señor. Es un santo, á quien el dedo de Dios ha tocado y en cuya boca ha puesto



el Espíritu terribles palabras. En la ciudad y en el desierto le acompaña el espíritu del Señor. Quizás no sea así; pero puede ser cierto, y entonces su muerte nos acarrearía gran desgracia. Él mismo ha anunciado que el día de su muerte sobrevendrá á alguien un gran infortunio... ¡Quién sabe si lo ha dicho por mí!... No olvidéis que al entrar aquí he resbalado en la sangre. También he oído el batir de unas alas gigantescas. Ambas cosas me parecen presagio de alguna desgracia. Decid, Salomé, ¿deseáis que me suceda algo malo? Vos no podéis querer eso. No... Escuchad todavía.

SALOMÉ

Dadme la cabeza de Yo'kanaán.

HERODES

¡Ah!... ¡No me escuchas!... Pero sosiégate, tranquilízate; ya ves que yo estoy tranquilo... Atiende. Tengo escondidas aquí gran número de joyas que tu madre no ha visto nunca; todas de extraordina-

rio mérito. También tengo un collar de perlas con cuatro engarces, que se dirían lunas encadenadas por rayos de luz, ó bien cautivas en una red de oro. Una reina lo ha llevado sobre su nivea garganta, descansando en el marfil de sus pechos. Cuando lo lleves tú, parecerás una reina. Poseo amatistas de dos clases: unas negras como el vino puro, y otras sonrosadas como vino coloreado por su mezcla con el agua. Tengo topacios amarillos como los ojos del tigre, rosáceos como los de los pichones y verdes como pupilas felinas. Tengo ópalos que arden siempre con una llama fría; ópalos que entristecen los corazones y que parecen fugar las tinieblas; óniques como las pupilas de una muerta; selenitas que tornan de cambiantes, según las variaciones de la luna, y á la luz del sol se vuelven pálidas. Tengo zafiros grandes como huevos y azules como el loto; dentro de ellos se agita la marea, y sus olas, de azul purísimo, nunca son enturbiadas por los rayos de la luna. Tengo crisólitos y berilos, crisopacios y rubíes, sardónices y ja-

cintos, turquesas y calcedonias. Todo eso os daré, y aun más, si os apetece. Ahora acaba de enviarme el rey de la India cuatro abanicos hechos con plumas de papagayo, y el de Numidia una túnica y manto fabricado con plumas de avestruces. Tengo un cristal, que no se permite ver á las doncellas, y se enseña á los jóvenes, y aun éstos deben ser antes azotados. En mi cofrecillo de nácar tengo separadas turquesas de maravillosa hermosura, que, llevadas en la frente, hacen surgir ideas é imágenes de cosas que en el mundo no existen, mientras que si cualquier mujer las tiene un rato en la mano, se vuelve estéril. Son de una riqueza inmensa... Son tesoros inapreciables... Pero no es esto solo. En un cofrecillo de ébano tengo dos copas de ámbar, que semejan manzanas de oro, y que toman el color de la plata cuando un enemigo vierte veneno en ellas. Tengo sandalias con adornos de cristal. Tengo mantos del país de Seres y brazaletes guarnecidos de carbúnculos y jade, que se traen del Eúfrates... Dime qué quieres de

todo esto, Salomé, y al punto será tuyo cuanto pidas... Menos una cosa, todo te lo daré... Cuanto poseo será tuyo si no me pides una vida... Te daré hasta el manto del Gran Sacerdote y el velo del Santuario.

LOS JUDÍOS

¡Oh! ¡Oh!...

SALOMÉ

Dame la cabeza de Yo'kanaán.

HERODES

(Con abatimiento y cólera.) ¡Que se le dé lo que pide!... ¡Bien hija es de su madre!...

(Se acerca el Soldado 1.º Herodías quita al Tetrarca el anillo de la muerte y lo entrega al soldado, el cual lo pone en manos del verdugo. Éste, al recibirlo, se turba visiblemente.)

(Agitado.) ¿Quién me ha quitado el anillo?... En mi mano derecha había un

anillo... ¿Quién se ha bebido mi vino?... En mi copa había vino. Estaba llena de vino. ¿Lo ha bebido alguien?... ¡Oh!... En



verdad que para alguno de nosotros se amaga terrible infortunio... (*El verdugo descende á la cisterna*)... ¡Ah! ¿Por qué dí mi palabra?... Los reyes nunca deben

empeñar su palabra así... Si la mantienen es malo... y malo también si no la cumplen.

HERODÍAS

Estoy segura de que mi hija obró como debía.

HERODES

Estoy seguro de que pronto ha de ocurrir alguna desgracia.

SALOMÉ

(Inclinada en el pretil de la cisterna.)

¡No se oye nada! ¿Cómo es que no grita ese hombre?... ¡Ah!... Si alguno viniera á matarme, yo gritaría y me defendería para evitarlo... ¡Hiere, hiere, Naamán!... ¡Hiere, te digo!... Aún no oigo nada... Este silencio es imponente. ¡Ah!... Algo ha caído al suelo... Sí... Me parece haber oído como el caer de la espada del verdugo... ¡Ese esclavo tiene miedo; pues deja caer á tierra su espada!... Es un cobarde y no se atreve á matarlo... Enviaré

soldados. (*Al paje de Herodías.*) Ven aquí. Eras amigo del que ha muerto, ¿no es así? Pues bien; aún no hay bastantes muertos. Di á los soldados que bajen á la cisterna y que me traigan lo que es mío y me pertenece; pues me lo ha dado el Tetrarca. (*El paje retrocede. Ella entonces mira á los soldados y exclama:*) ¡Venid, soldados!... Bajad á la cisterna y traerme la cabeza del hombre que está ahí. (*Los soldados retroceden también.*) ¡Tetrarca, Tetrarca! ¡Ordenad á vuestros soldados que me traigan la cabeza de Yo'kanaán!...

(*A este tiempo un enorme brazo negro, el brazo del verdugo, asoma por la boca de la cisterna, sosteniendo una fuente de plata, sobre la cual hállase la sangrienta cabeza de Yo'kanaán. Salomé la coge en sus manos. Herodes cúbrese la cara con el manto. Herodías sonríe y se abanica. Los nazarenos se arrodillan y oran.*)

¡Ah! ¿No has querido dejarme besar tu boca? ¡Pues bien!... ¡Impídelo ahora!... Ahora la besaré, la morderé con mis dientes, como se muerde el fruto apetecido...

Te lo repito. Ahora besaré tu boca á mi antojo... ¿Más por qué no me miras, Yo'kanaán? Tus ojos, tus terribles ojos, ya inflamados por la cólera, ya fulminadores del más profundo desprecio, se han cerrado para siempre. ¿Por qué se cerraron? ¡Ábrelos! ¡Levanta tus párpados, Yo'kanaán!... ¿Por qué no me miras? ¿Acaso me temes? ¿Por qué no quieres mirarme?... Tu lengua, que era como sierpe venenosa, ha enmudecido, Yo'kanaán. Verdaderamente es prodigioso. ¿Cómo es que no se agita ya la víbora roja? No me has querido, Yo'kanaán. Me has despreciado. Me has arrojado al rostro los insultos más crueles. Me has tratado de cortesana y ramera, ¡á mí!... ¡á Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea!... Y sin embargo, Yo'kanaán, yo vivo todavía y tú ya no. ¡Y tu cabeza me pertenece!... ¡Puedo hacer de ella lo que me plazca!... Puedo arrojarla á los perros ó entregarla á las aves de rapiña... ¡Ah, Yo'kanaán, Yo'kanaán!... Has sido el único hombre á quien he amado... Excepto tú, todos los hombres me habían inspirado asco. Tú eras

el único, el hermoso. Tu cuerpo era semejante á una estatua de marfil, asentada sobre pedestal de plata. Nada existía en el mundo comparable á tu cuerpo; nada tan negro como tus cabellos; nada tan rojo como tu boca. Era tu boca como incensario que exhala y esparce perfumes aromáticos y deliciosos, y cuando llegué á mirarla parecióme oír en lo profundo de mi alma una como música sobrenatural... ¡Ah! ¿Por qué me negaste tu mirada, Yo'kanaán? ¿Por qué blasfemaste de mí y escondiste el rostro con tus manos?... Cubriste tus ojos con la venda que se pone el que anhela ver á su Dios. Ya lo has visto, pero á mi no. No; si me hubieras visto, me habrías amado. Yo sí te vi, Yo'kanaán; por eso te amé. ¡Oh, cuán ardientemente te he amado!... Y aún te amo, Yo'kanaán. Tengo hambre de tu cuerpo. Tengo sed de tu boca. Ni el vino ni la fruta son bastantes á saciar mi deseo. ¿Qué hacer ahora, Yo'kanaán? No basta toda el agua de los ríos ni de los lagos para mitigar mi sed ardiente. Princesa, me has desdeñado; vir-

gen, me desfloraste, y casta, has llenado de fuego concupiscente mis venas. ¡Ah!, ¡ah! ¿Por qué no quisiste mirarme, Yo'kanaán? Si me hubieras mirado, me habrías amado. Segura estoy de que me hubieras amado; pues el misterio del amor es más profundo todavía que el misterio de la muerte. Sólo el amor es digno de ser loado.

HERODES

(*A Herodías.*) Vuestra hija es un monstruo; un monstruo nunca visto. Lo que acaba de hacer es un crimen enorme. Pienso que debe ser una terrible ofensa contra un Dios ignorado.

HERODÍAS

Yo apruebo lo que ha hecho. Ahora seguiré en este sitio más tiempo.

HERODES

(*Levantándose.*) ¡Habla en ti la mujer incestuosa!... ¡Ven!... No permanezcamos más aquí. Te digo que vengas; pues estoy

cierto de que algo va ocurrir. ¡Manassé!...
 ¡Isacar!... ¡Oseas! ¡Apagad las antorchas!
 ¡No quiero ver objeto alguno ni que las
 cosas me vean! ¡Apagad las antorchas!...
 ¡Ocultad la luna!... ¡Ocultad las es-
 trellas!... ¡Escondámonos en lo más
 profundo y secreto de nuestro pala-
 cio!... ¡Un gran pavor se ha apoderado
 de mí!...

(Los soldados apagan las luces. Vese pasar una gran nube que oculta la luna y las estrellas. La escena queda del todo á obscuras. El Tetrarca empieza á subir á tuestas la escalera.)

SALOMÉ

¡Ah! ¡He besado tu boca, Yo'kanaán;
 he besado tu boca!... En tus labios he
 sentido un sabor acre. ¿Es quizás el sabor
 de la sangre? Acaso sea el sabor del amor.
 Dicen que el amor tiene sabor acre. Mas
 ¿qué importa?... ¿Qué importa?... ¡He be-
 sado tu boca, Yo'kanaán; he besado tu
 boca!...

(Un rayo de luz, que se filtra por la

nube, viene á dar en donde está Salomé, bañándola de luz plácida.)

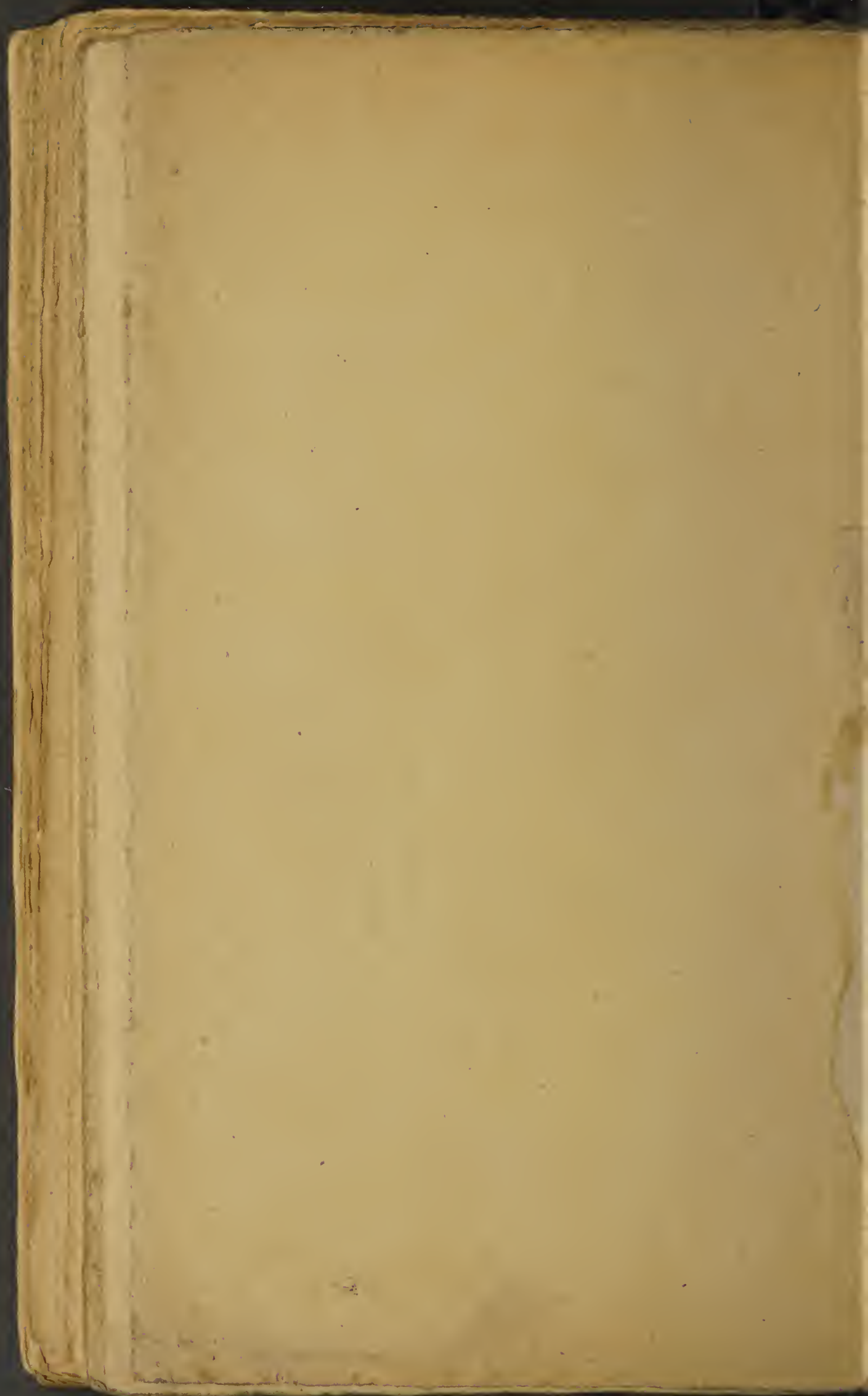
HERODES

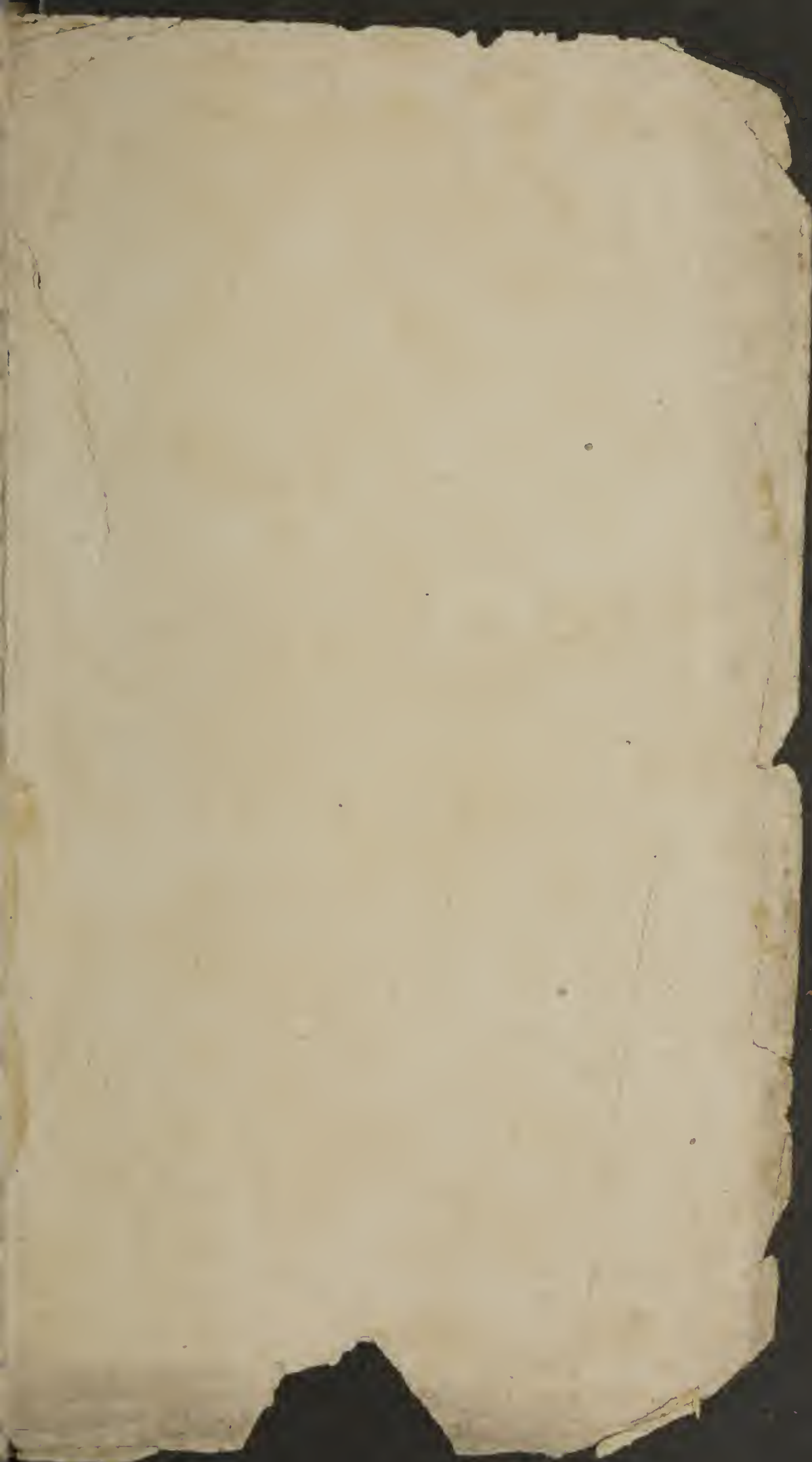
(Volviéndose y señalando á Salomé.) ¡Matad á esa mujer!...

(Los soldados se abalanzan contra Salomé y la aplastan con sus broqueles.)



FIN





B. RODRIGUEZ SERRA, EDITOR

ULTIMAS PUBLICACIONES

Darwin. — <i>Autobiografía</i>	2
Merejkowsky. — <i>La muerte de los dioses.</i> —(Segunda edición), un volumen	2
J. Ruskin. — <i>Los jardines de la Reina</i>	1
Fourier. — <i>Doctrina social.</i> — <i>El Falansterio</i> , traducción de J. Menéndez Novella.....	2
Ihering. — <i>El fin en el derecho</i> , versión española de Leonardo Rodríguez, un tomo en 4 ^o	5
Chavarri. — <i>El Anillo del Nibelungo</i> , tetralogía de R. Wagner, con 150 grabados.....	3
Gómez Carrillo. — <i>Bailarinas</i> , con grabados.....	2
Pío Baroja. — <i>Idilios vascos</i> , con grabados.....	0,75
— <i>Camino de Perfección</i>	3
F. Acebal. — <i>De buena cepa</i> , con grabados	0,75
Dr Mariscal. — <i>Morfnismo.</i> — <i>La higiene de Zaratustra</i> , con grabados (tomo xxvi de la <i>Biblioteca Mignon</i>).....	0,75
Duquesa Martell —100 platos de comidas vegetarianas.	0,50
Niceforo y Sighele. — <i>La mala vida en Roma</i> , traducción de Llanas de Aguilaniedo.. ..	3
Kropotkin. — <i>Memorias de un Revolucionario</i> (de la colección de <i>Autobiografías célebres</i>), tres tomos.....	6
Goethe. — <i>Las Afinidades electivas</i> (novela), traducida del alemán por García de Luna.....	3
Menger. — <i>El derecho al producto íntegro del trabajo</i> , versión española de Adolfo Posada	2
Schopenhauer. — <i>Metafísica de lo Belle y Estética</i> , traducción del alemán por García de Luna	2
Juan Valladares de Valdelomar. — <i>Caballero venturoso</i> , con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances, manuscrito inédito del siglo xvii, dos tomos, cada tomo..	5
Gorky. — <i>Un libro molesto</i> , con retratos del Autor y prólogo de Rachilde.....	1

EN PRENSA

J. Martínez Ruiz. — <i>España picaresca</i>	3
Ciro Bayo. — <i>Higiene del Soltero</i>	3
Petronio. — <i>El Satiricón</i>	2
Guyau. — <i>Esbozo de una moral sin obligación ni sanción</i>	5
Darwin. — <i>El Origen de las especies</i> .	





3 0112 115876499